

X

BIBLIOTECA POPULAR

LOS GRANDES PENSADORES



Volumen IX

EMILIO ZOLA

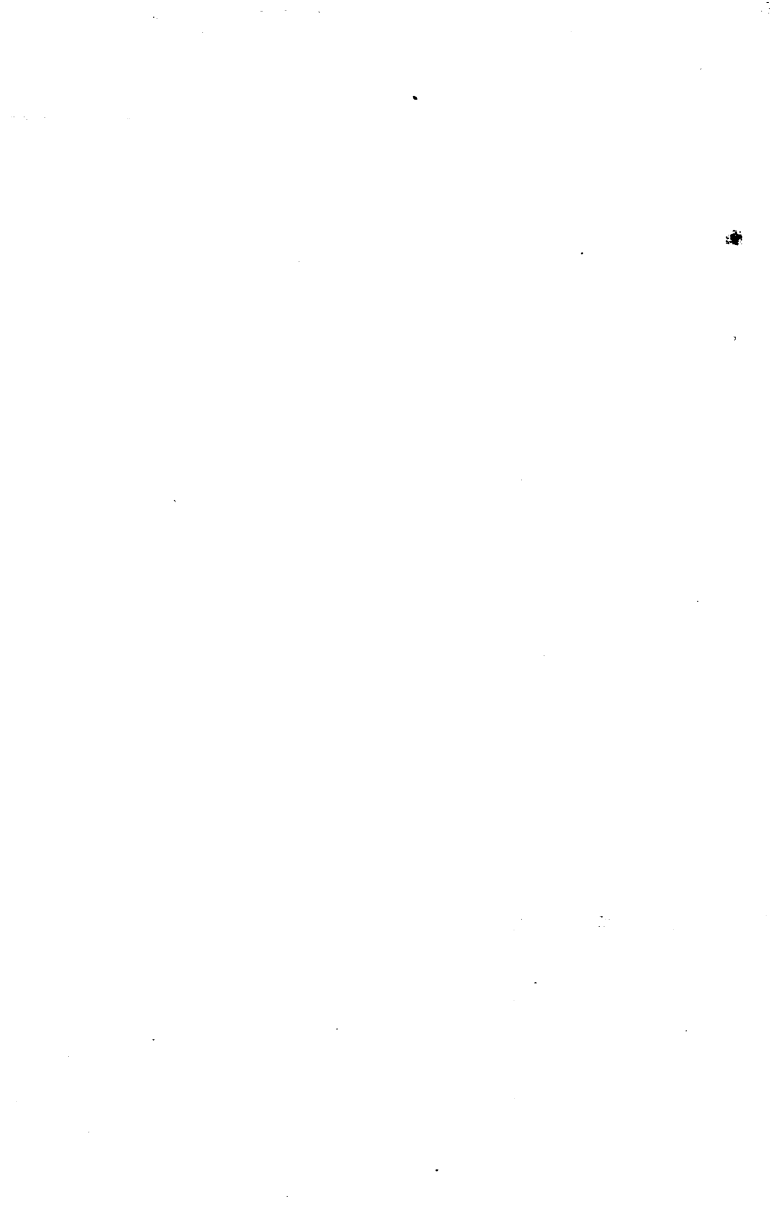
CRITICA SOCIAL



Volumen IX

EMILIO ZOLA

CRITICA SOCIAL



EMILIO ZOLA



BIBLIOTECA POPULAR
LOS GRANDES PENSADORES

EMILIO ZOLA

CRÍTICA SOCIAL

VOLUMEN IX

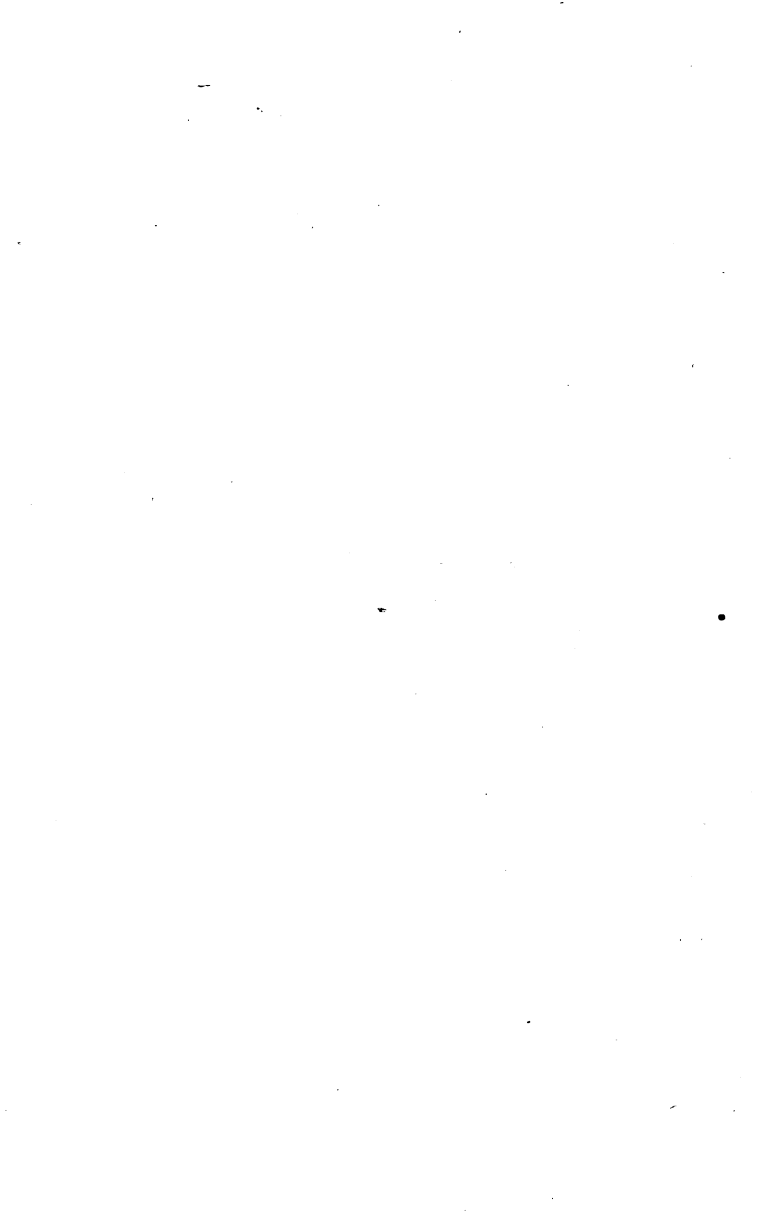
50 CÉNTIMOS

CASA EDITORIAL
PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

BARCELONA
—
CORTES, 478

||| **BUENOS AIRES**
—
PICHINCHA, 1867

1916



Noticia biográfica

EMILIO ZOLA

No intentamos hacer una biografía de Emilio Zola.

La tarea sería fácilmente hecha, con sólo consignar la fecha de su nacimiento y la de su muerte, en pleno vigor intelectual aún, cuando todavía cabía esperar prodigiosos frutos de su raro talento. Porque la vida de Zola carece de episodios dramáticos de esos que puedan interesar al público; es una vida de pelea orientada toda ella hacia la consecución de un fin, vencer en la lucha, imponerse con la fuerza incontrarrestable del genio.

Nacido en el centro de París en 2 de abril de 1840, Emilio Zola, de un padre italiano e ingeniero, y de una madre francesa, huérfano de padre en edad muy temprana, tuvo por primera educadora a su madre, más cariñosa que rígida, y a unos abuelos que idolatraban al niño.

Mimado éste, vivía feliz aun en la penuria que por herencia quedó a la familia, desarrollándose en plena libertad, en medio de la espléndida belleza de Provenza.

Imperioso de carácter y poco precoz de ingenio, la educación de Zola se resintió en sus comienzos de la no sobra de medios pecuniaros de la familia y del cariño sin límites que la madre y los abuelos le profesaban.

Sin título académico alguno, con un caudal de conocimientos no muy abundante, Zola desde muy joven tuvo que aplicar el hombro al trabajo para proporcionarse parte del sustento. Entonces entró en la Casa Editorial y librería Hachette, donde se manifestó de una manera resuelta la vocación que Zola sentía por las letras, en las que debía no muy tarde brillar con luz propia, adquiriendo fama universal.

Si la necesidad de publicar sin mutilación alguna los trabajos de Zola que siguen, no hubiese absorbido las páginas de este volumen, ya que no una biografía del autor del «Assom-

moir» y 'de tantas y tan renombradas obras, tarea de cíclope que no teme los embates de la crítica ni la acción demoledora del tiempo, hubiéramos intentado hacer una semblanza del jefe indiscutible de la escuela naturalista, poeta y filósofo, psicólogo y anatómico, observador como Darwin y preciso y breve como un matemático.

Pero esto, sobre ser tarea superior a nuestras fuerzas, no cabe en el reducido marco que nos dejan las contadas páginas de este libro, que quedan a nuestra disposición.

Para que el lector curioso pueda satisfacer su deseo de conocer la vida del luchador eximio, nos limitaremos a señalar algunos de los libros que sobre Zola se han escrito, entre los muchísimos que se ocupan de tan discutida personalidad:

Paul Alexis, «Emile Zola, notes d'un ami», París, 1882; Brink, «Emile Zola et ses œuvres», 1887; Laporte, «Emile Zola, l'homme et ses œuvres», París, 1891; Toulouse, «Emile Zola, París, 1896.

De todos modos no podemos dejar de indicar un momento memorable de la vida de Zola, que le pinta de cuerpo entero.

Nos referimos al famoso proceso que el fanatismo político avivando odios religiosos siguió a Dreyfus, en el que Zola, afrontando

todos los riesgos, los de la ley durísimos y los de la impopularidad terribles, atento sólo a la verdad y la justicia, se puso de parte del acusado.

Valióle a Zola, actitud tan gallarda, aparte de verse acosado y escarnecido por las turbas y por la juventud arrebatada, un proceso, cuya vista duró desde el 7 al 23 de febrero de 1898, y en el que fué condenado a un año de prisión y 3,000 francos de multa, el máximo de la pena.

En 2 de abril, el Tribunal de casación casó la sentencia por vicio de forma, pero reproducido el proceso en Versalles, el 18 de julio, Zola, juntamente con el gerente del diario *L'Aurore*, fué condenado a la pena que primeramente se le había impuesto, saliendo libre gracias a una amplia amnistía que poco después se concedió.

A aquel momento culminante de la política francesa, se refieren los documentos comprendidos bajo el título general de «La Verdad en Marcha», que le pusiera su autor.

Dichos trabajos, como los que siguen, han sido traducidos expreso para esta Biblioteca, y no han sufrido mutilaciones, como ocurre con otras ediciones españolas de los mismos. Así entendimos cumplir nuestro deber.

Fácil nos hubiera sido espigando en las her-

mosas y fecundas novelas de Zola, encontrar fragmentos brillantes que reproducir; pero destinada esta Biblioteca a estimular el amor a la lectura, hemos preferido formar el tomo con estos breves trabajos completos, que sobre pintar al hombre y al pensador a maravilla, tienen abundantísimo jugo intelectual y filosófico.

*
**

Zola, que aun siendo un genio no pudo escapar a la comezón de ser Académico, y lo intentó sin éxito varias veces desde 1893, en vida ya se había conquistado la inmortalidad con los cuarenta volúmenes, prueba de su genio y de su laboriosidad, incommovibles sillares del monumento en que se asienta augusta una de las más legítimas glorias de Francia, tan fecunda en hijos ilustres.

C. L.

Barcelona, junio 1916.



La verdad en marcha

¡YO ACUSO...!

Carta a M. Felix Faure
Presidente de la República.

Señor: ¿Me permitís que, agradecido a la bondadosa acogida que me dispensasteis, me preocupe de vuestra gloria y os diga que está amenazada por la más vergonzosa e imborrable mancha?

Habéis salido sano y salvo de bajas calumnias, habéis conquistado los corazones. Aparecísteis radiante en la apoteosis de la fiesta patriótica que, para celebrar la alianza rusa, hizo Francia, y os preparáis a presidir el so-

lemne triunfo de nuestra Exposición Universal, que coronará este gran siglo de trabajo, de verdad y de libertad. ¡Pero qué mancha de cieno sobre vuestro nombre—iba a decir sobre vuestro reino—puede arrojar ese abominable proceso Dreyfus! Por lo pronto un Consejo de guerra se atreve a absolver a Esterhazy, bofetada suprema a toda verdad, a toda justicia. Y no hay remedio; Francia conserva esa mancha y la historia consignará que semejante crimen social se cometió al amparo de vuestra presidencia.

Puesto que se ha obrado tan sin razón, hablaré. Prometo decir la verdad, y la diré si antes no lo hace el tribunal con toda claridad. Es mi deber: no quiero ser cómplice. Todas las noches me desvelaría el espectro del inocente que expía a lo lejos cruelmente torturado, un crimen que no ha cometido.

Por eso me dirijo a vos gritando la verdad con toda la fuerza de mi rebelión de hombre honrado. Estoy convencido de que ignoráis lo que ocurre. ¿Y a quien denunciar las infamias de esa turba malhechora de verdaderos culpables, sino al primer magistrado del país?

Ante todo, la verdad acerca del proceso y de la condenación de Dreyfus.

Un hombre nefasto ha conducido la trama: el coronel Paty de Clam, comandante entonces. El representa por sí solo el asunto Dreyfus; no se le conocerá bien hasta que una investigación leal determine claramente sus actos y sus responsabilidades. Aparece como un espíritu borroso, complicado, lleno de intrigas novelescas, complaciéndose con recursos de folletín, papeles robados, cartas anónimas, citas misteriosas en lugares desiertos, mujeres enmascaradas que facilitan en la sombra pruebas abrumadoras. El imaginó aquello de dictarle a Dreyfus la *nota sospechosa*; él concibió la idea de observarle en una habitación revestida de espejos; es a él a quien nos presenta el comandante Forzineti, armado de una linterna sorda, pretendiendo hacerse conducir al lado del acusado que dormía, para proyectar sobre su rostro un brusco chorro de luz y sorprender su crimen en su angustioso despertar. Y no hay para que lo diga yo todo: busquen y encontrarán cuanto haga falta. Yo declaro sencillamente que el comandante Paty de Clam, encargado de instruir el proceso Dreyfus y considerado en su misión judicial, es en el orden de fechas y responsabilidades el pri-

mer culpable del espantoso error judicial que se ha cometido.

La *nota sospechosa* estaba ya, desde algún tiempo antes, en manos del coronel Sandherr, jefe del negociado de informaciones, que murió poco después de una parálisis general. Hubo *fugas*, desaparecieron papeles (como siguen desapareciendo aún), y el autor de la *nota sospechosa* era buscado cuando se afirmó *a priori* que no podía ser más que un oficial del Estado Mayor, y precisamente del cuerpo de Artillería; doble error manifiesto que denota el espíritu superficial con que se estudió la *nota sospechosa*, puesto que un detenido examen demuestra que no podía tratarse sino de un oficial de infantería.

Se procedió a un minucioso registro; examináronse las escrituras; aquello era como un asunto de familia y se buscaba al traidor en las mismas oficinas para sorprenderlo y expulsarlo. Desde que una ligera sospecha recayó sobre Dreyfus, aparece el comandante Paty de Clam, que se esfuerza en confundirle y hacerle declarar a su antojo. Aparece también el ministro de la Guerra, el general Mercier, cuya inteligencia debe ser muy mediana, el jefe de Estado Mayor, general Boisdeffre, que habrá cedido a su pasión clerical, y el general Gouse, cuya conciencia elástica pudo acom-

darse a muchas cosas. Pero en el fondo de todo esto no hay más que el comandante Paty de Clam, que a todos los mueve y hasta los hipnotiza porque se ocupa también de ciencias ocultas, y conversa con los espíritus. Parecen inverosímiles las pruebas a que se ha sometido al desdichado Dreyfus, los lazos en que se ha querido hacerle caer, las investigaciones desatinadas, las combinaciones monstruosas... ¡Qué denuncia tan cruel!

¡Ah! por lo que respecta a esa primera parte es una pesadilla insufrible, para quien está al corriente de sus verdaderos detalles. El comandante Paty de Clam prende a Dreyfus y lo incomunica. Corre después en busca de la señora Dreyfus y la infunde terror, previniéndola que si habla, su esposo está perdido. Entretanto el desdichado se desgarrá las carnes y proclama con alaridos su inocencia, mientras la instrucción del proceso se hace como en una crónica del siglo xv, en el misterio, con una terrible complicación de expedientes, todo basado en una sospecha infantil, en la *nota sospechosa*, imbécil, que no era solamente una traición vulgar, era también un engaño estúpido, porque los famosos secretos vendidos, eran tan inútiles que apenas tenían valor.

Si yo insisto es porque veo en ello el germen de donde saldrá más adelante el verdadero

crimen, la espantosa denegación de justicia que afecta profundamente a nuestra Francia. Quisiera hacer palpable cómo pudo ser visible el error judicial, cómo nació de las maquinaciones del comandante Paty de Clam, y cómo los generales Mercier, Boisdeffre y Gouse, sorprendidos al principio, han ido poco a poco comprometiendo su responsabilidad en este error, que más tarde impusieron como una verdad santa, una verdad indiscutible. Desde luego sólo hubo de su parte incuria y torpeza; cuando más, cedieron a las pasiones religiosas del medio y a los prejuicios de sus investiduras. ¡Y vayan siguiendo las torpezas!

Cuando aparece Dreyfus ante el Consejo de guerra, exigen el secreto más absoluto. Si un traidor hubiese abierto las fronteras al enemigo para conducir al emperador de Alemania hasta Nôtre Dame de París, no se hubieran adoptado mayores precauciones de silencio y misterio. Se susurran hechos terribles, traiciones monstruosas y, naturalmente, la Nación se inclina llena de estupor, no halla castigo bastante severo, aplaudirá la degradación pública, gozará viendo al culpable sobre su roca de infamia devorado por los remordimientos... ¿Luego es verdad que existen cosas indecibles, dañinas, capaces de revolver toda la Europa y que ha sido preciso para evitar grandes des-

dichas enterrar en el mayor secreto? ¡No! Detrás de tanto misterio sólo se hallan las imaginaciones románticas y dementes del comandante Paty de Clam. Todo esto no tiene otro objeto que ocultar la más inverosímil novela. Para convencerse, basta estudiar atentamente el acta de acusación leída ante el Consejo de guerra.

¡Ah! ¡Cuánta vaciedad! Parece mentira que con semejante acta, pudiese ser condenado un hombre. Dudo que las gentes honradas puedan leerla sin que su alma se llene de indignación y sin que asome a sus labios un grito de rebeldía, imaginando la expiación desmesurada que sufre la víctima en la Isla del Diablo. Dreyfus conoce varias lenguas; crimen. En su casa no hallan papeles comprometedores; crimen. Algunas veces visita su país; crimen. Es laborioso, tiene ansia de saber; crimen. Si no se turba, crimen. Si se turba, crimen. Todo crimen, siempre crimen... ¡Y las ingenuidades de redacción, las formales aserciones en el vacío! Nos habían hablado de catorce acusaciones y no aparece más que una: la *nota sospechosa*. Es más: averiguamos que los peritos no están de acuerdo y que uno de ellos, M. Gobert, fué atropellado militarmente porque se permitía opinar contra lo que se deseaba.

Hablábase también de veintitrés oficiales, cu-

yas deposiciones pesarían contra Dreyfus. Desconocemos aún sus interrogatorios, pero lo cierto es que no todos le acusaron, habiendo que añadir, además, que los veintitrés oficiales pertenecían a las oficinas del ministerio de la Guerra. Se las arreglan entre ellos como si fuese un proceso de familia, fijáos bien en esto: el Estado Mayor lo hizo, lo juzgó y acaba de juzgarlo segunda vez.

Así, pues, sólo quedaba la *nota sospechosa* acerca de la cual los peritos no estuvieron de acuerdo. Se dice que, en el Consejo, los jueces iban ya, naturalmente, a absolver al reo, y desde entonces, con obstinación desesperada, para justificar la condena, se afirma la existencia de un documento secreto, abrumador; el documento que no se puede publicar, que lo justifica todo y ante el cual todos debemos inclinarnos: ¡El dios invisible e incognoscible! Ese documento no existe; lo niego con todas mis fuerzas. ¡Un documento ridículo, sí; tal vez el documento en que se habla de mujerzuelas y de un señor D... que se vuelve muy exigente; algún marido, sin duda, que juzgaba poco retribuidas las complacencias de su mujer! Pero un documento que interese a la defensa nacional, que no puede hacerse público sin que la guerra se declare inmediatamente, ¡no, no! Es una mentira tanto más odiosa y

cínica, cuanto que se lanza impunemente sin que nadie pueda combatirla. Los que la fabricaron, conmueven el espíritu francés y se ocultan detrás de su legítima emoción; hacen enmudecer las bocas angustiando los corazones y pervirtiendo las almas. ¡No conozco en la historia un crimen cívico de tal magnitud!

He aquí, señor Presidente, los hechos que demuestran cómo pudo cometerse un error judicial. Y las pruebas morales, como la posición social de Dreyfus, su fortuna, su continuo clamor de inocencia, la falta de motivos justificados, acaban de ofrecerlo como una víctima de las extraordinarias maquinaciones del comandante Paty de Clam, del medio clerical en que se movía, y del odio a los *perros judíos* que deshonran nuestra época.

*

**

Y llegamos al asunto Esterhazy.

Han pasado tres años y muchas conciencias continúan profundamente turbadas, se inquietan, buscan, y acaban por convencerse de la inocencia de Dreyfus.

No historiaré las primeras dudas y la final convicción de M. Scheurer-Kestner. Pero mien-

tras él rebuscaba por su parte, acontecían hechos de importancia en el Estado Mayor. Murió el coronel Sandherr y sucedióle como jefe del Negociado de informaciones, el teniente coronel Picquart, quien por esta causa, en el ejercicio de sus funciones, tuvo un día ocasión de ver una carta telegrama dirigida al comandante Esterhazy por un agente de una potencia extranjera. Era su deber abrir una información, y no lo hizo sin consultar sus dudas con sus jefes, el general Gouse y el general Boisdeffre y luego con el general Billot, que había sucedido al general Mercier en el ministerio de la Guerra. El famoso expediente Picquart, del que tanto se ha hablado, no fué más que el expediente Billot, es decir, el expediente instruido por un subordinado cumpliendo las órdenes del ministro, expediente que debe existir aún en el ministerio de la Guerra. Las investigaciones duraron de mayo a septiembre de 1896, y es preciso decir bien alto que el general Gouse estaba convencido de la culpabilidad de Esterhazy y que los generales Boisdeffre y Billot, no ponían en duda que la célebre *nota sospechosa* fuera de Esterhazy. El informe del teniente coronel Picquart había conducido a esta prueba cierta. Pero el sobresalto de todos era grande porque la condena de Esterhazy obligaba inevitable-

mente a la revisión del proceso Dreyfus; y el Estado Mayor no quiso a ningún precio desautorizarse.

Debió mediar un momento psicológico de angustia suprema entre todos los que intervinieron en el asunto; pero es preciso señalar que habiendo llegado al ministerio el general Billot, después de la sentencia dictada contra Dreyfus, no estaba comprometido en el error y podía esclarecer la verdad sin desmentirse. Pero no se atrevió, temiendo acaso el juicio de la opinión pública y la responsabilidad en que habían incurrido los generales Boisdeffre y Gouse, y todo el Estado Mayor.

Fué aquel un combate librado entre su conciencia de hombre y lo que él suponía el buen nombre militar. Pero luego acabó por comprometerse, y desde entonces, echando sobre sí los crímenes de los otros, se hace tan culpable como ellos; es más culpable aún, porque fué árbitro de la justicia y no fué justo. ¡Comprended esto! Hace un año que los generales Billot, Boideffre y Gouse, conociendo la inocencia de Dreyfus, guardan para sí esta espantosa verdad. ¡Y duermen tranquilos, y tienen mujer e hijos que los aman!

El coronel Picquart había cumplido sus deberes de hombre honrado. Insistió cerca de sus jefes, en nombre de la justicia, suplicándo-

les, diciéndoles que sus tardanzas eran inconvenientes ante la terrible tormenta que se les venía encima, para estallar, en cuanto la verdad se descubriera. M. Scheurer-Kestner rogó también al general Billot que por patriotismo activara el asunto antes que se convirtiera en desastre nacional. ¡No! el crimen estaba cometido y el Estado Mayor no podía ser culpable de él. Por eso, el teniente coronel Picquart fué nombrado para una comisión que le apartaba del ministerio, y poco a poco fueron alejándolo hasta el ejército expedicionario de Africa, donde quisieron un día honrar su bravura, encargándole una misión que le hubiera costado la vida en los mismos parajes donde el marqués de Morés encontró la muerte. Pero no había caído aún en desgracia; el general Gouse mantenía con él una correspondencia muy amistosa. Su desdicha era conocer un secreto de los que no debieran conocerse jamás.

En París la verdad se abría camino, y sabemos ya de qué modo estalló la tormenta. M. Mathieu Dreyfus denunció al comandante Esterhazy como verdadero autor de la *nota sospechosa*; mientras M. Scheurer-Kestner ponía en manos del guardasellos una solicitud pidiendo la revisión del proceso.

Desde este punto el comandante Esterhazy entra en juego. Testigos autorizados le pre-

sentan como loco, propicio al suicidio o a la fuga. Luego todo cambia, y sorprende con la violencia de su audaz actitud. Había recibido refuerzos: un ahónimo advirtiéndole los manejos de sus *enemigos*; una dama misteriosa que se molesta en salir de noche para devolverle un documento que había sido robado en las oficinas militares y que le interesaba conservar para su salvación. Comienzan de nuevo los relatos folletinescos, en los que reconozco los medios ya empleados por la fecunda imaginación del teniente coronel Paty de Clam. Su obra, la condena de Dreyfus, peligraba, y, sin duda, quiso defender su obra. La revisión del proceso era el desquiciamiento de su novela folletinesca, tan extravagante como trágica, cuyo espantoso desenlace se realiza en la Isla del Diablo. Y esto no podía consentirlo. Así comienza el duelo entre el teniente coronel Picquart, a cara descubierta, y el teniente coronel Paty de Clam, enmascarado. Pronto se hallarán los dos ante la justicia civil. En el fondo no hay más que una cosa: el Estado Mayor defendiéndose y evitando confesar su crimen, cuya abominación aumenta de hora en hora.

Se ha preguntado con estupor cuáles eran los protectores del comandante Esterhazy. Desde luego, en la sombra, el coronel Paty de

Clam, que ha imaginado y conducido todas las maquinaciones, descubriendo su presencia en los procedimientos descabellados. Después, los generales Boisdeffre, Gouse y Billot, obligados a defender al comandante, puesto que no pueden consentir que se pruebe la inocencia de Dreyfus cuando este acto había de lanzar forzosamente sobre las oficinas de la Guerra el desprecio del público. Y el resultado de esta situación prodigiosa es que un hombre intachable, Picquart, el único entre todos que ha cumplido con su deber, será la víctima escarnecida y castigada. ¡Oh justicia! ¡qué triste desconsue'lo embarga el corazón! Picquart es la víctima; se le acusa de falsario y se dice que fabricó la carta telegrama para perder á Esterhazy. Pero ¡Dios mío! ¿por qué motivo? ¿con qué objeto? Que indiquen una causa, una sola. ¿Estará pagado por los ju'díos? Precisamente Picquart es un apasionado antisemita. Verdaderamente asistimos a un espectáculo infame; para proclamar la inocencia de los hombres cubiertos de vicios, deudas y crímenes, acusan a un hombre de vida ejemplar. Cuando un pueblo descien-de a esas infamias, está próximo a corromperse y aniquilarse.

A esto se reduce, señor Presidente de la República, el asunto Esterhazy, un culpable a

quien se trata de salvar haciéndose pasar por inocente. Hace dos meses que no perdemos de vista esta interesante labor. Y abrevio porque sólo quise hacer el resúmen a grandes rasgos, de la historia cuyas ardientes páginas, un día serán escritas con toda extensión. Hemos visto al general Pellieux, primero, y al comandante Ravary, más tarde, hacer una información infame, de la cual han de salir transfigurados los bribones y perdidas las gentes honradas.

Después se ha convocado el Consejo de guerra.

*
**

¿Cómo se pudo suponer que un Consejo de guerra deshiciese lo que había hecho un Consejo de guerra?

Aparte de la fácil elección de los jueces, la elevada idea de disciplina que llevan esos militares en el espíritu, bastaría para debilitar su rectitud. Quien dice disciplina dice obediencia. Cuando el ministro de la Guerra, jefe supremo, ha declarado públicamente y entre las aclamaciones de la representación nacional, la inviolabilidad de la cosa juzgada, ¿queréis que

un Consejo de guerra se determine a desmentirlo formalmente? Jerárquicamente tal cosa no es posible. El general Billot, con sus declaraciones, ha sugestionado a los jueces, que han juzgado como entrarían en fuego a una sencilla orden de su jefe: sin titubear. La opinión preconcebida que llevaron al tribunal, fué sin duda ésta: «Dreyfus ha sido condenado por crimen de traición ante un Consejo de guerra; luego es culpable, y nosotros, formando un Consejo de guerra, no podemos declararlo inocente. Y como suponer culpable a Esterhazy, sería proclamar la inocencia de Dreyfus, Esterhazy debe ser inocente.»

Y dieron el inícuo fallo que pesará siempre sobre nuestros Consejos de guerra, que hará en adelante sospechosas todas sus deliberaciones. El primer Consejo de guerra pudo equivocarse; pero el segundo ha mentido. El jefe supremo había declarado la cosa juzgada inatacable, santa, superior a los hombres, y ninguno se atrevió a decir lo contrario. Se nos habla del honor del ejército; se nos induce a respetarlo y amarlo. Cierto que sí; el ejército que se alzaría en cuanto se nos dirija la menor amenaza, que defenderá el territorio francés, lo forma todo el pueblo, y sólo tenemos para él ternura y veneración. Pero ahora no se trata del ejército, cuya dignidad justamente

mantenemos en el ansia de justicia que nos devora; se trata del *sable*, del señor que nos darán acaso mañana. Y besar devotamente la empuñadura del *sable*, del ídolo, ¡no, eso no!

Por lo demás, queda demostrado que el proceso Dreyfus no era más que un asunto particular de las oficinas de Guerra: un individuo del Estado Mayor, denunciado por sus camaradas del mismo cuerpo y condenado bajo la presión de sus jefes.

Por lo tanto, lo repito, no puede aparecer inocente, sin que todo el Estado Mayor aparezca culpable. Por esto las oficinas militares, usando todos los medios que les ha sugerido su imaginación y que les permiten sus influencias, defienden a Esterhazy para hundir de nuevo a Dreyfus. ¡Ah! qué gran barrido debe hacer el Gobierno republicano en esa *cueva jesuítica* (frase del mismo general Billiot). ¿Cuándo vendrá el ministerio, verdaderamente fuerte y patriota, que se atreva de una vez a refundirlo y renovarlo todo? ¡Conozco a muchas gentes que, suponiendo posible una guerra, tiemblan de angustia, porque saben en qué manos está la defensa nacional! En qué albergue de intrigas, chismes y dilapidaciones se ha convertido el sagrado asilo donde se decide la suerte de la patria! Espanta la terrible claridad que arroja sobre aquel

antro el asunto Dreyfus; el sacrificio humano de un infeliz, de un *perro judío*. ¡Ah!, se han agitado allí la demencia y la estupidez, maquinaciones locas, prácticas de baja policía, costumbres inquisitoriales; el placer de algunos tiranos que pisotean la nación, ahogando en su garganta el grito de verdad y de justicia bajo el pretexto, falso y sacrílego, de razón de Estado.

Y es un crimen más apoyarse en la persona inmunda, dejarse defender por todos los bribones de París, de manera que los bribones triunfen insolentemente, derrotando el derecho y la probidad. Es un crimen haber acusado como perturbadores de Francia a cuantos quieren verla generosa y noble a la cabeza de las naciones libres y justas; mientras los canallas urden impunemente el error que tratan de imponer al mundo entero. Es un crimen extraviar la opinión con tareas mortíferas que la pervierten y la conducen al delirio. Es un crimen envenenar a los pequeños y a los humildes exasperando las pasiones de reacción y de intolerancia, y cubriéndose con el antisemitismo, de cuyo mal morirá sin duda la Francia libre, sino sabe curarse a tiempo.

Es un crimen explotar el patriotismo para trabajos de odio; y es un crimen, en fin, hacer del sable un dios moderno, mientras toda la

ciencia humana emplea sus esfuerzos en una obra de verdad y de justicia.

¡Esa verdad, esa justicia que nosotros buscamos apasionadamente, las vemos ahora humilladas y desconocidas! Imagino el desencanto que padecerá sin duda el alma de M. Scheurer-Ketsner, y le creo atormentado por los remordimientos de no haber procedido revolucionariamente el día de la interpelación en el Senado, desembarazándose de su cargo, para derribarlo todo de una vez. Creyó que la verdad brilla por sí sola, que se le tendría por honrado y leal, y esta confianza le ha castigado cruelmente. Lo mismo le ocurre al teniente coronel Picquart, que por un sentimiento de elevada dignidad, no ha querido publicar las cartas del general Gouse; escrúpulos que le honran de tal modo que, mientras permanecerá respetuoso y disciplinado, sus jefes le hicieron cubrir de lodo, instruyéndole un proceso de la manera más inusitada y ultrajante. Hay, pues, dos víctimas, dos hombres honrados y leales, dos corazones nobles y sencillos, que confiaban en Dios, mientras el diablo hacía de las suyas. Y hasta hemos visto contra el teniente coronel Picquart este acto innoble: un tribunal francés consentir que se acusara públicamente a un testigo y cerrar los ojos cuando el testigo se presentaba para explicarse y de-

fenderse. Afirmando que esto es un crimen más, un crimen que subleva la conciencia universal. Decididamente los tribunales militares tienen una idea muy extraña de la justicia.

Tal es la verdad, señor Presidente, verdad tan espantosa, que no dudo quede como una mancha en vuestro gobierno. Supongo que no tengáis poder alguno en este asunto, que seáis un prisionero de la Constitución y de la gente que os rodea; pero tenéis un deber de hombre en el cual meditaréis, cumpliéndole, sin duda, honradamente. No creáis que desespero del triunfo; lo repito con una certeza que no me permite la menor vacilación; la verdad avanza, y nadie puede detenerla. Hasta hoy no principia el proceso, pues hasta hoy no han quedado deslindadas las posiciones de cada uno: de un lado los culpables, que no quieren la luz; al otro los justicieros que daremos la vida porque la luz se haga. Cuando más duramente se oprime la verdad, más fuerza toma, y la explosión será más terrible. Veremos cómo se prepara el más ruidoso de los desastres.

Señor Presidente: Concluyamos, que ya es tiempo. Yo acuso al teniente coronel Paty de Clam como laborante—quiero suponer inconscientemente—del error judicial, y por haber defendido su obra nefasta tres años después con maquinaciones descabelladas y culpables.

Acuso al general Mercier por haberse hecho cómplice, al menos por debilidad, de una de las mayores iniquidades del mundo.

Acuso al general Billot de haber tenido en sus manos las pruebas de la inocencia de Dreyfus, y no haberlas utilizado, haciéndose por lo tanto culpable del crimen de lesa humanidad y de lesa justicia con un fin político, y para salvar al Estado Mayor comprometido.

Acuso al general Boisdeffre y al general Gouse por habersse hecho cómplices del mismo crimen, el uno por fanatismo clerical, el otro por espíritu de cuerpo, que hace de las oficinas de Guerra un arca santa inatacable.

Acuso al general Pellieux y al comandante Ravary por haber hecho una información infame, una información parcialmente monstruosa, en la cual el segundo ha labrado el impercedero monumento de su torpe audacia.

Acuso a los tres peritos calígrafos, los señores Belhomme, Varinard y Couard por sus informes engañosos y fraudulentos, a me-

nos que examen facultativo los declare víctimas de una ceguera de los ojos y del juicio. . Acuso a las oficinas de Guerra por haber hecho en la prensa, particularmente en *L'Eclair* y en *L'Echo de Paris* una **abominable** campaña para cubrir su falta, extraviando la opinión pública.

Y, por último: acuso al primer Consejo de guerra, por haber condenado a un acusado, fundándose en un documento secreto, y al segundo Consejo de guerra por haber cubierto esta ilegalidad, cometiendo el crimen jurídico de absolver conscientemente a un culpable.

No ignoro que, al formular estas acusaciones, arrojé sobre mí los artículos 30 y 31 de la Ley de Prensa de 29 de julio de 1881, que se refieren a los delitos de difamación. Y voluntariamente me pongo a disposición de los Tribunales.

En cuanto a las personas a quienes acuso, debo decir que ni las conozco ni las he visto nunca, ni siento particularmente por ellas rencor ni odio. Las considero como entidades, como espíritus de maleficencia social. Y el acto que realizo aquí, no es más que un medio revolucionario de activar la explosión de la verdad y de la justicia.

Sólo un sentimiento me mueve, sólo deseo

que la luz se haga, y lo imploro en nombre de la humanidad, que ha sufrido tanto y que tiené derecho a ser feliz. Mi ardiente protesta no es más que un grito de mi alma. Que se atrevan a llevarme ante los Tribunales y que me juzguen públicamente.

Así lo espero.

París, 13 Enero de 1898.



Declaración de Zola ante el Jurado

Señores: En la sesión de la Cámara, del 22 de enero, M. Méline, presidente del Consejo de Ministros, declaró, entre los aplausos frenéticos de la mayoría complaciente, su gran confianza en los doce ciudadanos en cuyas manos ponía la defensa del ejército. De vosotros hablaba, señores jurados. Y así como el general Billot había dictado su sentencia al Consejo de guerra, encargado de absolver a Esterhazy, dando a subordinados suyos desde lo alto de la tribuna la consigna militar del respeto indiscutible a la cosa juzgada, también M. Méline ha querido daros la orden de condenarme en nombre del respeto al ejército, que él me acusa de haber ultrajado. Desde aquí denuncio a la conciencia de las gentes honradas esta presión que ejercen los poderes públicos sobre la justicia del país. Esas son cos-

tumbres políticas abominables que deshonran a una nación libre.

Veremos, señores, si obedecereis. Pero no es cierto que yo esté aquí, ante vosotros, por la voluntad de M. Méline, quien sólo ha cedido a la necesidad de perseguirme, turbado, aterrorizado, por el nuevo paso que la verdad en marcha iba a dar. Todo el mundo lo sabe. Estoy ante vosotros porque he querido; yo solo decidí que este oscuro y monstruoso asunto llegase a vuestra jurisdicción, para que Francia lo sepa todo, al fin, y sea justa. Mi actitud no tuvo otro objeto y mi persona no significa nada, la sacrifico voluntariamente, satisfecho de poner en vuestras manos, con el honor del ejército, el honor de la nación entera en peligro.

Si la luz no iluminó del todo vuestras conciencias, no fué culpa mía. Parece ser que yo he soñado queriendo traer os todas las pruebas, estimándoos los únicos dignos, los únicos competentes. Se ha empezado por apartar de vosotros, con la mano izquierda, lo que se os ofrecía con la derecha; se aceptaba en apariencia vuestra jurisdicción, pero si se tenía confianza en vosotros para vengar a los miembros de un Consejo de guerra, otros oficiales quedaron intangibles, superiores a vuestra justicia. Compréndalo quien pueda. Es lo absurdo en la hipocresía y la evidencia, siguiéndose de aquí

que se ha temido vuestro buen sentido, y que no se ha querido correr el riesgo de dejárnoslo decir todo para que todo lo juzgueis. Ellos pretenden limitar el escándalo, y el escándalo dado por mí consistía en procurar que el pueblo encarnado en vosotros fuese quien juzgara. Pretendían además que no podían aceptar una revisión disfrazada, confesando así que tienen un miedo profundo a vuestra comprobación soberana. La ley tiene en vosotros su representación total y es la justicia del pueblo la que yo deseo, la que yo respeto profundamente como buen ciudadano, y no los oscuros procedimientos gracias a los cuales han querido burlarnos.

Heme aquí, señores, excusado de las molestias que os ocasioné, sin haber conseguido inundaros con toda la claridad que yo soñaba. La luz, toda la luz, era mi vehemente deseo; y estos deabtes acaban de probaros que tuvimos que luchar paso a paso contra una extraordinaria voluntad de obstinación y tinieblas. Cada girón arrancado a la verdad costó un combate; se nos ha discutido todo, se nos ha negado todo, atemorizando a nuestros testigos con la esperanza de que no probásemos nada. Y hemos luchado porque esta prueba fuese sometida por completo a vuestro juicio, a fin de que pudiérais pronunciar sin remordimiento

el fallo de vuestra conciencia. Estoy seguro de que tomaréis en cuenta nuestros esfuerzos y que después de todo la luz que hicimos pueda ser bastante. Ya habeis oído a los testigos; luego oireis a mi defensor, quien os referirá la verdadera historia, esa historia que enloquece a todos y que nadie conoce. Quedo tranquilo. La verdad se ampara de vosotros.

M. Méline creyó imponeros su voluntad confiándoos el honor del ejército; y es precisamente el honor del ejército lo que me hizo apelar a vuestra justicia. Desde aquí doy a M. Méline el mentís más formal; yo no he ultrajado jamás al ejército; al contrario, expresé mi ternura, mi respeto por la nación en armas, por nuestros queridos soldados, que defenderán siempre el territorio francés. También es falso que yo ataque a los jefes, a los generales que han de conducirlos a la victoria. Si algunas individualidades de las oficinas de Guerra comprometieron al ejército con sus manejos, ¿descubrir a los culpables es insultar al soldado? Antes bien es una obra de buen ciudadano arrancar el grito de alarma para que no se reproduzcan los errores, originando nuevas desdichas. Además, yo no me defiendo y dejo a la historia el cuidado de juzgar mi actitud. Pero afirmo que se deshonra al ejército cuando se consiente que los gendarmes fe-

liciten a Esterhazy, conociendo las abominables cartas que ha escrito; afirmo que nuestro valeroso ejército es insultado cada día por los bandidos que; pretextando defenderlo, le manchan con su baja complicidad, arrastrando por el lodo todo lo que hay aún en Francia de generoso y grande; afirmo que son ellos los que deshonan al ejército nacional cuando mezclan el grito de ¡viva el ejército! al de ¡a muerte los judíos! También han gritado ¡viva Esterhazy! ¡¡Gran Dios!! El pueblo de San Luis, de Bayardo, de Condé y de Hoche; el pueblo que cuenta cien victorias gigantes, el pueblo de las conquistas de la República y del Imperio, el pueblo cuya fuerza, cuyas franquicias y cuya generosidad asombraron al Universo, hoy grita ¡viva Esterhazy! Es una vergüenza de que sólo puede redimirnos un gigantesco esfuerzo de verdad y de justicia.

Conocéis la leyenda que se ha formado: Dreyfus ha sido condenado justamente y legalmente por siete oficiales infalibles, a quienes no se puede suponer víctimas de un error, sin ultrajar al ejército entero. Dreyfus expía en una tortura vengadora su abominable traición; y como judío se crea un sindicato de judíos, un sindicato internacional, que dispone de centenares de millones, con objeto de salvar

al traidor por medio de las más importantes manipulaciones.

Desde entonces el sindicato amontona crímenes, soborna las conciencias, arrojando a Francia en una agitación mortal, decidido a venderla al enemigo y a producir una guerra europea antes que renunciar a su espantoso propósito. Esto es muy simple, infantil e imbecil, como veis; pero con ese plan envenenado, desde hace algunos meses, alimenta a nuestro pobre pueblo la Prensa inmunda. Y no hay que sorprenderse de que asistamos a una crisis desastrosa, porque sembrando de tal modo la torpeza y la mentira, se recoge forzosamente la demencia.

Ciertamente, señores, no he de haceros la injusticia de creer que hayáis acogido hasta hoy esos cuentos de nodriza.

Os conozco, sé que sois el corazón y la conciencia de París, de mi gran París, donde he nacido, el que amo con ternura infinita, el que estudio y canto desde hace cuarenta años; y sé también lo que ahora se agita en vuestros cerebros, pues antes de venir a sentarme aquí como acusado, ocupé otras veces el sitio en que vosotros estais. Representais la opinión media, la prudencia y la justicia. Cuando entreis en la sala de deliberaciones, mi pensamiento os acompañará y estoy seguro

de que habeis de hacer todo lo posible para salvar vuestros intereses de ciudadanos que, naturalmente son, según vosotros, los intereses de la nación entera. Podeis equivocaros, pero, si acaso, os equivocareis creyendo asegurar el bien de todos.

Os veo entre vuestra familia, por la noche, a la luz del quinqué, os oigo hablar con vuestros amigos, os acompaño a vuestros talleres, a vuestros almacenes, todos trabajais en industrias, en comercios, o ejerciendo profesiones liberales y vuestra más legítima inquietud, la produce el estado deplorable a que llegaron los negocios. La crisis actual amenaza convertirse en desastre, las ventas bajan, las transacciones hácese cada vez más difíciles, y por esta razón el pensamiento que os domina y que leo en vuestros rostros, impone la necesidad de acabar con todo esto que daña. Vosotros no direis como algunos: «¿Qué nos importa que un inocente perezca en la Isla del Diablo? ¿El interés de uno solo puede superponerse y turbar de tal modo un gran país?» Pero direis sin duda que la agitación de los hambrientos de verdad y de justicia se paga muy cara con todo el mal de que se nos acusa; y si me condenais no habrá en el fondo de vuestro veredicto más que un deseo de calmar a los vuestros, la necesidad de que los

negocios vuelvan a su curso natural, y la creencia de que hiriéndome deteneis una campaña de reivindicación perjudicial a los intereses de Francia.

Pues bien, señores, os equivocaríais absolutamente. Hacedme la honra de creer que yo no defendiendo aquí mi libertad; condenándome sólo conseguiríais engrandecerme; quien sufre por la verdad y la justicia se hace augusto y sagrado. Miradme bien: ¿tengo yo cara de mentiroso, de sobornado, de traidor? ¿Por qué lucharé, pues? No tengo ambición política, ni pasiones de sectario; soy un escritor libre que ha consagrado su vida al trabajo y mañana volverá a las filas a reanudar su labor interrumpida. ¡Qué necios los que me llaman italiano, a mí, nacido de una madre francesa, educado por mis abuelos, campesinos de Francia; yo que perdí a mi padre a los siete años y que sólo después de cumplir los cincuenta y cuatro fui a Italia con el único objeto de buscar documentos para un libro! Ello no me priva de sentirme orgulloso de que mi padre hubiese nacido en Venecia, la ciudad resplandeciente cuya gloria antigua cantan todos los recuerdos. Y aun cuando yo no fuera francés, ¿los cuarenta volúmenes en lengua francesa cuyos ejemplares a millones circulan por el mundo entero, no bastarían para hacer

de mí un francés útil a la gloria de Francia?

No me defiendo, pero cometeríais un error si creyéseis que condenándome restablecíais el orden en nuestro desgraciado país. ¿No comprendéis que lo que más daña a la nación, es la obscuridad en que se la tiene, y lo que más la hiere es la mentira? Las faltas de los gobernantes amontónanse y se encadenan; un engaño reclama otro engaño mayor para cubrirse, y así llegamos a una farsa espantosa. Se ha cometido un error judicial y para taparlo es preciso cometer cada día un nuevo atentado contra el buen sentido y la equidad. La condena de un inocente dió por resultado la libertad de un culpable; y aun hoy se os pide que me condeneis porque grito con angustia cuando veo a la patria en mal camino. Condenadme, pues, pero será una falta más que añadir a las otras, una falta de que la historia os hará responsables. Y mi condena, en lugar de producir la paz que deseais, que deseamos todos, será nueva semilla de pasiones y desórdenes. La medida está colmada, os lo aseguro; no la hagais vosotros desbordar.

¿Cómo no os dais exacta cuenta de la terrible crisis que el país atraviesa? Se dice que somos los autores del escándalo; se dice que los amantes de la verdad y de la justicia relajan la nación y la conducen a la ruína. En verdad esto es una sangrienta burla. ¿Por ventura el general Billot y cito a uno solo, no está desde hace año y medio advertido? ¿Por ventura el coronel Picquart no insistió en que la revisión se hiciera para que la tempestad no estallase arrastrándolo todo? ¿M. Scheurer-Kestner, no ha suplicado con lágrimas en los ojos para que se evitara la catástrofe? No, no, nuestro deseo fué facilitar lo todo, y si el país padece, la culpa es de los poderes públicos que, para cubrir a los culpables y sirviendo intereses políticos, se negaron a todo, creyéndose bastante fuertes para impedir que la luz se hiciera. Maniobraron en las tinieblas y son los responsables de todo.

¡El asunto Dreyfus! ¡Ah, señores! A la hora presente resuítá bien pequeño, bien alejado de nosotros, bien insignificante comparado con las terribles luchas que ha producido. Ya no hay asunto Dreyfus; se trata solamente de saber si Francia es todavía la Francia de los derechos del hombre, la que dió la idea de libertad a todo el mundo, y debía darle también la idea de justicia. ¿Somos aún el pueblo

más noble, más fraternal y más generoso? ¿Pretendemos conservar en Europa nuestra fama de justos y humanitarios? ¿No son todas las conquistas que habíamos hecho las que ahora se ños discuten? Abrid los ojos y comprended que para llegar a tal desorden, el alma francesa debe estar removida hasta sus profundidades más íntimas y enfrente de un terrible peligro. El momento reviste una gravedad excepcional, puesto que se trata de la salud de la nación.

Cuando hayáis comprendido todo esto, apreciareis que no hay más que un remedio posible: decir verdad y hacer justicia. Todo lo que retarde la luz, todo lo que aumente las tinieblas con otras tinieblas, no hará más que prolongar y agravar la crisis. La misión de los buenos ciudadanos, de los que sienten la imperiosa necesidad de que esto concluya, se reduce a exigir que todo se aclare. Son ya muchos los que así piensan; los literatos, los filósofos, los científicos, lo afirman por doquiera en nombre de la inteligencia y de la razón. Y no hablo del extranjero, del temblor que se ha apoderado de Europa entera; lo cual demuestra que no todo extranjero es forzosamente un enemigo. Nada os digo de los pueblos que pueden ser mañana nuestros adversarios; de la poderosa Rusia, nuestra ami-

ga, de la pequeña Holanda, de todos los pueblos simpáticos del Norte, y también de los que hablan nuestro idioma: Suiza y Bélgica. ¿Por qué tienen todos el corazón oprimido, embargado por el sufrimiento fraternal? ¿Soñais en una Francia aislada de todo el mundo? ¿No os agradaría que al pasar la frontera nadie se burlase de vuestra legendaria fama de equidad y fraternidad?

¡Ah, señores! Como tantos otros, acaso esperáis también que la prueba que justifique la inocencia de Dreyfus descienda del cielo, violenta como el rayo. La verdad no suele ofrecerse así; requiere algo de investigación y algo de inteligencia. ¡La prueba! Sabemos todos dónde está, dónde encontrarla, pero sólo lo pensamos desde el fondo de nuestras almas; y nuestra angustia patriótica nos hace temer que un día se nos ofrezca esa prueba, como una bofetada, después de haber comprometido el honor del ejército en una mentira. Quiero declarar francamente que si hemos presentado como testigos a ciertos miembros de las Embajadas, nuestra voluntad formal era desde luego no citarlos aquí. Ha hecho reír nuestra audacia, pero no creo que se haya reído nadie desde el Ministerio de Negocios Extranjeros, porque allí han debido comprendernos. Hemos querido sencillamente demos-

trar a todos los que saben la verdad, que nosotros la conocemos también. La verdad es bien conocida en las Embajadas, y pronto ha de ofrecerse a los ojos de todos. Si nos es imposible buscarla hoy donde se oculta protegida por invencibles formalidades, el Gobierno, que no ignora nada, el Gobierno, que está convencido, como nosotros, de la inocencia de Dreyfus, podrá cuando quiera, y sin riesgo, encontrar testigos que hagan luz.

Dreyfus es inocente, lo juro. Empeño mi vida, empeño mi honor. En esta hora solemne, ante un Tribunal que representa la justicia humana, ante los jurados, que son la emanación misma del país, ante toda Francia, ante el mundo entero; juro que Dreyfus es inocente. Y por mis cuarenta años de trabajo, por la autoridad que mi labor pudo prestarme: juro que Dreyfus es inocente. Por cuanto he conquistado, por la fama que alcancé, por las letras francesas: juro que Dreyfus es inocente. Que todo se hunda, que mis obras perezcan, si Dreyfus no es inocente. ¡Es inocente!

Todo se revuelve contra mí, las dos Cámaras, el Poder civil y el Poder militar, los diarios de gran circulación y la opinión pública envenenada por ellos. Y en mi ayuda sólo

una idea, un ideal de verdad y de justicia. Estoy satisfecho, tranquilo, seguro de vencer.

No he querido que mi país permanezca en el error y la injusticia. Aquí pueden condenarme, pero algún día Francia entera me agradecerá el haberla ayudado a salvar su honor.

Carta a la Juventud

¿A dónde vais, jóvenes; a dónde vais, estudiantes, que correis en grupos por las calles manifestando vuestra cólera y vuestros entusiasmos, siendo la imperiosa necesidad de desahogar públicamente vuestras conciencias indignadas?

¿Vais a protestar contra algún abuso del poder? ¿Han ofendido el deseo ardiente de verdad y equidad, que de vuestras jóvenes almas rebosa, ignorante aún, de las combinaciones políticas y de las diarias infamias de la vida?

¿Vais a deshacer algún entuerto social, a poner la protesta de vuestra vibrante juventud en la desigual balanza donde se pesa la suerte de los felices y de los desventurados?

¿Vais a defender la tolerancia, la independencia de la raza humana? ¿Vais a silbar a algún sectario de la inteligencia, de juicio estrecho que haya querido arrastrar vues-

tros criterios claros a las rancias y falsas creencias, pretendiendo demostrar la bancarrota de la ciencia?

¿Vais a proclamar, bajo la ventana de algún embustero escondido, vuestra invencible fe en el porvenir, en ese siglo próximo que vosotros representais y que debe realizar la paz del mundo en nombre de la justicia y del amor?

—¡No, no! Vamos a silbar a un hombre, a un anciano, a quien, tras de una larga vida de trabajo y de lealtad, se le antoja que puede impunemente sostener una causa generosa, tratando de esclarecer los hechos y de reparar un error, escudándose en la propia honra de la patria francesa!

• **

¡Ah! Yo lo he visto cuando también era joven; yo he visto ese Barrio Latino poseído de las ardientes pasiones de la juventud, el amor a la libertad, el odio a la fuerza brutal que aplasta los cerebros y oprime las almas. Lo he visto bajo el Imperio, haciendo su valiente campaña de oposición, injusta algunas veces, pero siempre con el deseo de libre emancipación humana. Silbaba a los autores que agradaban a las Tullerías; maltrataba á los

profesores cuyas enseñanzas le parecían obscuras, y se rebelaba contra cualquiera que se mostrase partidario de las tinieblas y de la tiranía; y en fin, ardía en su seno ese fuego sagrado de la noble locura, de los veinte años, que transforma en realidades las ilusiones, y que después aparece como el triunfo seguro de la Ciudad perfecta.

Y si nos remontamos más allá en esta historia de pasiones nobles, que han sublevado la juventud de las escuelas, siempre se la verá indignarse por la injusticia, extremecerse y amotinarse por los humildes; los abandonados y los perseguidos, y arremeter contra los feroces y los poderosos.

Esa juventud se ha manifestado en favor de los pueblos oprimidos, abrazó el partido de Polonia, el de Grecia, y ha defendido siempre a todos los que sufrían y agonizaban, bajo la brutalidad de una muchedumbre bárbara o de un déspota.

En otro tiempo, cuando el barrio latino se insurreccionaba, podía asegurarse que ardía en él una llama de juvenil justicia, que indiferente a las componendas, seguía con entusiasmo los impulsos del corazón. ¡Y qué espontaneidad la suya entonces! ¡Qué torrente desbordado se precipitaba por las calles!

Ya sé que el pretexto actual es también la

patria amenazada, la Francia entregada al enemigo vencedor por un grupo de traidores. Solamente me pregunto: ¿dónde se encontrará la clara intuición de las cosas, la sensación instintiva de lo que es verdad, de lo que es justo, sino en esas almas jóvenes, en esos muchachos que nacen a la vida pública, y en los que nada debe aún obscurecer la razón sana y recta?

¿Que los hombres políticos corrompidos por los años de intriga; que los periodistas desequilibrados por los compromisos de su oficio, puedan aceptar las más impúdicas mentiras, cerrar los ojos a evidentes claridades, se explica, se comprende. Pero ¿es posible que la juventud se haya gangrenado hasta tal punto que su pureza y su candor natural no se subleven y aparezcan de pronto, en medio de inaceptables errores, aclamando de una vez lo que es evidente, lo que es claro como la luz del mediodía?

No hay historia más sencilla. Un oficial ha sido condenado, y a nadie se le ocurre sospechar de la buena fe de sus jueces. Le han condenado, con arreglo a su conciencia, y basándose en pruebas que han creído ciertas. Pero luego sucede que un hombre o muchos hombres dudan y acaban por convencerse de que uno de los documentos, el más importante,

o por lo menos el único en que los jueces se habían apoyado públicamente, ha sido falsamente atribuido al condenado, estando, sin duda alguna, escrito por otra mano. Estos hombres lo dicen y es denunciado el culpable por el hermano del prisionero, que cumple así un ineludible deber. Y he ahí porqué debe empezar forzosamente un nuevo proceso que ha de determinar la revisión del primero si hay condena. ¿No es esto perfectamente claro, justo y razonable? ¿Dónde podrá hallarse esa pretendida maquinación para salvar a un traidor? Que hay traidor, nadie lo niega; lo justo es que sea el culpable y no un inocente quien expie ese crimen. Trátase, pues, de entregaros el traidor verdadero.

¿No debía bastar un poco de buen sentido?
¿A qué móvil obedecen los hombres que desean la revisión del proceso Dreyfus?

Descartad el imbécil antisemitismo, cuya ferroz monomanía ve en él un complot de raza, y el oro de los judíos esforzándose en reemplazar uno de los suyos por un cristiano en la infamante cárcel. Esto no tiene razón de ser; las inverosimilitudes y las imposibilidades caen unas sobre otras; todo el oro de la tierra no comprará ciertas conciencias. Es preciso llegar a la realidad, que es la expansión natural, lenta, invencible, de todo error judicial. La

historia es esa. Un error judicial lo impulsa todo; y algunos hombres de conciencia se sienten atraídos y subyugados, consagrándose más y más obstinadamente y arriesgando su fortuna y su vida para conseguir que se haga justicia. He aquí explicado lo que hoy pasa; el resto no es más que abominables pasiones políticas y religiosas, torrente desbordado de calumnias y de injurias.

¡Qué gran disculpa tendría la juventud si por un instante se obscurecieran en su cerebro las ideas de justicia y de humanidad! En la sesión del 4 de diciembre, la Cámara francesa se cubrió de vergüenza votando una orden del día, «en que se deshonraba a los jefes de la campaña odiosa que turba la conciencia pública». Eso lo digo muy alto para los que en él porvenir me lean: semejante voto es indigno de nuestro generoso país, y aparecerá como una mancha imborrable. *Los agitadores* son los hombres de conciencia y de valor que, seguros de que existe un error judicial, le han denunciado, para que la reparación se haga, animados por la convicción patriótica de que una gran nación donde se tolera que un inocente, agonice en medio de mil torturas, es una nación condenada. *La campaña odiosa* es el grito de la verdad, el grito de justicia lanzado por esos hombres;

es la obstinación que ponen en querer que, delante de esos pueblos que la miran, la Francia siga siendo la Francia humana, la Francia que ha sabido hacer libertad y debía hacer justicia. Está visto: la Cámara ha cometido un crimen, corrompiendo la juventud de nuestras Escuelas, y de aquí que esa juventud engañada, extraviada, se arrastre por nuestras calles, en manifestación como nunca se había visto, contra todo lo que hay de más noble, de más valiente, y de más divino en el alma humana.



Después de la sesión del Senado se habló del derrumbamiento nacional, promovido por M. Scheurer-Kestner. ¡Infeliz! ¡Buen derrumbamiento tiene en su corazón y en su alma! Me figuró su angustia, su tormento cuando veía hundirse a su alrededor todo lo que amaba de nuestra República, todo lo que ha ayudado a conquistar para ella en el noble combate de su vida: la libertad primero, después las varoniles virtudes de la lealtad, de la franqueza y del valor cívico.

M. Scheurer-Kestner es uno de los últimos supervivientes de su fuerte generación. Bajo el Imperio evidenció lo que es un pue-

blo, sumiso a la autoridad de uno solo, y obligado a devorar su fiebre y su impaciencia con la boca amordazada ante las denegaciones de la justicia. El ha visto nuestros defectos, y, con el corazón brotando sangre, ha conocido las causas, debidas todas a la ceguera, a la imbecilidad despótica. Luego ha sido de los que han trabajado más acertada y más ardientemente para levantar el país de sus escombros y devolverle el lugar que le correspondía en Europa. Procede de los tiempos heroicos de nuestra Francia republicana, y me imagino que se puede considerar autor de una obra sólida y grande, arruinando para siempre el despotismo y conquistando la libertad, sobre todo esa libertad que yo concibo, la libertad humana, que permite a cada conciencia afirmar su deber en medio de la tolerancia de otras opiniones.

¡Oh, sí! Todo ha sido conquistado; pero todo está por tierra una vez más. Todo son ruínas; ruínas en su alma; ruínas por doquier. Haber sido arrastrado por la necesidad de verdad, es un crimen; haber querido la justicia es un crimen. El espantoso despotismo ha vueito; la más dura de las mordazas está de nuevo sobre las bocas. Y no es el pie de un César lo que aplasta la conciencia pública; es toda una Cámara la que afrenta a los que

sólo con la pasión de lo justo se inflaman. ¡Prohibición de hablar! Los puños aplastan los labios que agujonean la verdad; se agujonean las muchedumbres para que hagan enmudecer a los aislados. Nunca se ha organizado una tan monstruosa opresión para utilizarla contra la discusión libre. Y el vergonzoso terror reina, los más valientes se tornan cobardes, nadie osa decir una palabra de lo que piensa por miedo de ser denunciado como un vendido al traidor. Los pocos periódicos que han permanecido honrados se, han humillado, y han concluido por enloquecer a sus lectores con necias historias. Ningún pueblo creo que haya atravesado horas de más turbulencia, más amenazados y de mayor angustia para su razón y su dignidad.

En estas circunstancias, verdaderamente se han venido abajo toda la lealtad y el pasado de M. Scheurer-Kestner. Si todavía cree en la bondad y en la equidad de los hombres, pone un sólido optimismo. Se le arrastra diariamente, hace tres semanas por el lodo, por haber supeditado los honores y la alegría de su vejez al espíritu de justicia. No hay angustia más dolorosa que la de este hombre que sufre el martirio por su honor. En él asesinan la fe del porvenir, se envenena su esperanza, y si muere, dirá: «Todo acabó, no hay

nada más: todo lo bueno que he hecho se va conmigo, la virtud es sólo una palabra, el mundo es negro y vacío.»

¡Y para abofetear en él al patriotismo, se ha elegido a ese hombre, que es en nuestras Asambleas el último representante de la Alsacia-Lorena! ¡El, un vendido, un traidor, un insultador del ejército, cuyo nombre debiera bastar para desvanecer las más sombrías inquietudes!

Sin duda tuvo la debilidad de creer que su cualidad de alsaciano, su renombre de patriota ardoroso sería suficiente garantía de su buena fe en el delicado papel de justiciero. De su intervención en el asunto, ¿no parecía deducirse la necesidad de que todo acabase pronto para el bien del ejército y de la patria? Pero no: dejad que el proceso se arrastre unas semanas más, tratad de ocultar la verdad, de rehusar la justicia y vereis como nos habeis entregado a las burlas de toda Europa, como habeis colocado la Francia en el último rango de las naciones.

¡No, no! ¡Las estúpidas pasiones políticas y religiosas no quieren oír nada, y la juventud de nuestras escuelas da al mundo el espectáculo de silbar a M. Scheurer-Kestner, llamándole traidor y vendido, diciendo que insulta al ejército y que compromete a la patria!

Sé muy bien que algunos jóvenes manifestantes no representan toda la juventud, y que un centenar de alborotadores en la calle hace más ruido que diez mil estudiosos trabajadores encerrados en sus casas. Pero de todos modos, esos cien alborotadores sobran, porque semejante movimiento, por pequeño que sea, es un triste síntoma para el Barrio Latino.

¡Por lo visto existen jóvenes antisemitas! ¡Hay cerebros nuevos, almas nuevas que este imbécil veneno tiene, desequilibrados! ¡Qué tristeza, qué inquietud para el siglo xx que va a empezar! Cien años después de la declaración de los *Derechos del Hombre*, cien años después de aquel astro supremo de tolerancia y de emancipación, volvemos a las luchas religiosas, el más odioso y estúpido de todos los fanatismos. Y menos mal que esto suceda en ciertos hombres que desempeñan un papel, que tienen una actitud y una ambición voraz que satisfacer; pero ¡entre los jóvenes, entre los que nacen y se desarroilan llevando en su alma el gérmen de todos los derechos y de todas las libertades que nosotros habíamos soñado ver resplandecer en el próximo siglo! ¡Vosotros los obre-

ros esperados, declarándoos antisemitas! ¡Vosotros en quienes cifrábamos nuestras mejores esperanzas comenzais el siglo exterminando a todos los judíos porque son conciudadanos y enemigos de otra raza y de otra fe! Buen principio para la Ciudad de nuestros sueños, ¡la ciudad de la igualdad y de la fraternidad! Si tal es el destino de la juventud, será cosa de llorar, y de negar toda esperanza y toda felicidad humana.

¡Oh juventud, juventud! Piensa en la gran obra que te espera, yo te lo suplico; tú eres el obrero futuro que has de echar los cimientos del siglo próximo, que sin duda viene llamado a resolver los problemas de verdad y de igualdad planteados por el siglo que acaba; nosotros, los viejos, los mayores, te dejamos el formidable montón de nuestras investigaciones, muchas contradicciones y obscuridades tal vez, pero seguramente el esfuerzo más apasionado que siglo alguno ha hecho hacia la verdad; los documentos más verídicos y el más sólido fundamento de este vasto edificio de la ciencia que tú debes seguir edificando para tu honor y para tu felicidad. Sólo te pedimos que seas más generosa, más libre de espíritu, que nos aventajes por tu amor a la vida normalmente vivida, por su esfuerzo, puesto por entero en el trabajo,

en esa fecundidad de los hombres y de la tierra que sabrá hacer crecer, al fin, la copiosa cosecha de alegría bajo el sol radiante. Nosotros te cederemos fraternalmente el sitio, felices de desaparecer y descansar de nuestra parte de labor cumplida, en el reposo de la muerte, si sabemos que tú continúas nuestra obra y que realizas nuestros ensueños.

¡Juventud! ¡Juventud! Acuérdate de los sufrimientos de tus padres en las terribles batallas donde supieron vencer para conquistar la libertad que tú disfrutas ahora. Si te sientes independiente, si puedes ir y venir a tu gusto, decir en la Prensa lo que piensas, tener una opinión y expresarla públicamente, es porque tus padres dieron para ello su inteligencia y su sangre. Tú no has nacido bajo la tiranía; tú ignoras lo que es despertar cada mañana con el pie de un tirano sobre el pecho; tú no te has batido para escapar al sable del dictador y a las falsas razones de un mal juez. Agradécelo a tus padres, y no cometas el crimen de aclamar la mentira, ayudando la campaña de la fuerza brutal, la intolerancia de los fanáticos y la voracidad de los ambiciosos.

Al fin de ese camino hallarías la dictadura.

¡Juventud! ¡Juventud! Inclínate siempre hacia la justicia. Si la idea de justicia se obscu-

rece en ti, te amenazarán todos los peligros. Y no te hablo de la justicia de nuestros códigos, que no es más que la garantía de los lazos sociales. Ciertamente hay que respetarla, pero hay una más elevada idea de justicia: la que sienta por principio que todo fallo de los hombres puede hallarse sujeto a error, y admite la inocencia posible de un condenado, sin creer que por esto se insulta a los jueces. ¿No es este un asunto que debe sublevar tu ardiente pasión por el derecho? ¿Quién se levantará para exigir que se haga justicia, sino tú que no estás en nuestras luchas de intereses y de personas, que no estás aún atada ni comprometida por ningún negocio ambiguo, que puedes hablar alto, con toda pureza y buena fe?

¡Juventud, juventud! Sé humana, sé generosa. Aunque nos equivoquemos, ven con nosotros, puesto que decimos que un inocente sufre una pena horrible y puesto que nuestro corazón sublevado se parte de angustia. Admite por un momento el error posible y, al considerar tan desmesurado castigo, el corazón se te oprimirá y las lágrimas brotarán en tus ojos. ¡Bueno que los carceleros permanezcan impassibles, pero tú, tú, que todavía lloras y que debes ser accesible a todas las miserias, a todas las piedades! ¿Cómo no te

atrae ese ideal caballeresco? Si en cualquier parte hay un mártir sucumbiendo bajo el odio, ¿cómo no sueñas en defender su causa y libertarle? ¿Quién, sino tú acometerá tan sublime aventura, se lanzará a una causa peligrosa y grande, y hará frente a un pueblo en nombre de la ideal justicia? ¿Y no te sientes avergonzada, en fin de que sean tus mayores, los ancianos, los que se apasionen y hagan hoy tu obra, esa obra de radiante generosidad?

*
**

—¿A dónde vais, jóvenes; a dónde vais, estudiantes que recorréis las calles en manifestación, lanzando en medio de nuestras discordias la bravura y esperanza de vuestros veinte años?

—Vamos a la humanidad, a la verdad y a la justicia.



Filosofía y Crítica

MIS ODIOS

El odio es santo. En la indignación de los corazones fuertes y paternos, el desdén militante de aquellos a quienes la medianía y la necedad enojan. Odiar es amar, es tener el alma ardiente y generosa, es vivir holgadamente despreciando las cosas estúpidas y vergonzosas.

El odio consuela, el odio hace justicia, el odio engrandece.

Me he sentido más joven y más animoso cada vez que me he rebelado contra la platitude de mi tiempo. He hecho del odio y de la arrogancia mis compañeros; me he complacido en aislarme, y en mi aislamiento me ha satisfecho odiar lo que lesionaba lo justo y lo verdadero. Si hoy valgo algo es porque estoy solo y porque odio.



Odio a los hombres incapaces e impotentes; me mortifican. Me han quemado la sangre y alterado mis nervios. Nada más irritante que esos brutos que se contonean sobre los pies como patos y miran con ojos de asombro y con la boca abierta. No he podido nunca dar dos pasos en la vida sin encontrar tres imbéciles, y esto me tiene triste. Por todas partes los hay. El vulgo se compone de necios que os salen al paso para salpicaros el rostro con la baba de su medianía. Estos necios se mueven y hablan, y su aspecto, gesto y voz me molesta hasta el punto de que prefiero, como Stendal, un malvado a un tonto. ¿Qué podemos hacer, pregunto, de tales gentes en estos tiempos de luchas y de marchas forzadas? Al salir del viejo mundo, nos precipitamos hacia un mundo nuevo. Los imbéciles se cuelgan de nuestro brazo, se meten entre nuestras piernas con estúpidas carcajadas y sentencias absurdas, y hacen el camino resbaladizo y penoso. En vano queremos desprendernos de ellos; nos apremian, nos ahogan y cada vez más se pegan a nosotros. ¡Y qué! estamos en la época en que los ferrocarriles y el teléfono nos transportan en cuerpo y alma a lo infinito y a lo absoluto en la época grave e inquieta en que el espíritu humano se consagra a la gestación de una verdad nueva, y hay sin embargo, hombres in-

capaces y necios que niegan lo presente y se pudren en el estrecho y nauseabundo charco de su trivialidad. Los horizontes se dilatan, la luz asciende e inunda el cielo. Ellos se hunden a placer en el fango tibio en que su vientre digiere con voluptuosa lentitud; cierran sus ojos de buho que ofende la claridad, gritan que se les turba y que no pueden levantarse tarde, rumiando con comodidad el heno que muelen a mandíbula suelta en el pesebre de la bestia común. Podemos conseguir algo de los locos; los locos piensan y tienen todos alguna idea, cuya tensión exagerada ha roto el resorte de su inteligencia. Los dementes son enfermos del espíritu y del corazón; almas desdichadas, pero llenas de vida y de fuerza. Quiero escucharlos, porque espero ver brillar en medio del caos de sus pensamientos, alguna verdad suprema. Pero, por el amor de Dios, que maten a los necios y a las medianías, a los incapaces y a los estúpidos; establézcense leyes que nos libren de esas gentes que abusan de su ceguedad para decir que es de noche. Hora es ya de que los hombres de valor y de energía tengan su 93: el insoluble reinado de las medianías ha hartado al mundo; los mediocres deben ser conducidos en masa a la plaza de la Grève.

Les odio.



Odio a los hombres que se encastillan en una idea personal y van como un rebaño empujándose unos a otros e inclinando la cabeza para no ver el resplandor del cielo. Cada rebaño tiene su dios, su ídolo, en cuyas aras inmola la gran verdad humana. De éstos hay en París varios centenares, de veinte a treinta en cada esquina, con una tribuna desde lo alto de la cual arengan solemnemente al pueblo. Siguen mansamente su camino, con gravedad en su platitud, lanzando gritos de desesperación cuando se les turba en su fanatismo pueril. Vosotros todos, los que les conocéis, mis amigos los poetas, los novelistas, sabios y simples curiosos, vosotros, los que habéis ido a llamar a las puertas de esas gentes graves que se encierran para cortarse las uñas, atreveos a decir conmigo en alta voz, a fin de que la multitud os oiga, que os han echado fuera de su capillita, como bedeles miedosos e intolerantes. Decid que se han burlado de vuestra inexperiencia, consistente en negar toda verdad que no es su error. Referid la historia de vuestro primer artículo, cuando os habeis presentado con vuestra honrada y convencida prosa y habeis tropezado con esta respuesta: «Elogiais a un hombre de talento,

que no pudiendo tener talento para nosotros, no debe tenerlo para nadie». ¡Bello espectáculo el que nos ofrece este París inteligente y justo! Hay allí arriba o allí bajo, en una esfera lejana seguramente, una verdad una y absoluta que rige los mundos, y nos impulsa al porvenir. Hay aquí cien verdades que chocan entre sí y se rompen, cien escuelas que se injurian, cien rebaños que balan negándose a avanzar. Los unos echan de menos un pasado que no puede volver, los otros sueñan un porvenir que no llegará jamás: los que sueñan en el presente, hablan de él como de una eternidad. Cada religión tiene sus sacerdotes, cada sacerdote sus ciegos y sus eunucos. Nada de preocuparse de la realidad; una simple guerra civil, una batalla de pilluelos ametrallándose a disparos de bolas de nieve, una inmensa farsa en la que el pasado y el porvenir, Dios y el hombre, la mentira y la necesidad, son los monigotes complacientes y grotescos.

¿Dónde están, pregunto, los hombres libres los que viven su vida propia, que no encierran su pensamiento en el estrecho círculo de un dogma y que se dirigen resueltamente hacia la luz, sin temor a desmentirse mañana, que no tienen otra preocupación más que lo justo y lo verdadero? ¿Dónde están los

hombres que no forman parte de la «claque» juramentada que no aplaude sino a una señal del jefe, a Dios o al príncipe, al pueblo o a la aristocracia? ¿Dónde están los hombres que viven aislados, lejos de los rebaños humanos, los que acogen bien todo lo grande, los que desprecian las camarillas y preconizan la libertad de pensar? Cuando estos hombres hablan, las gentes graves y estúpidas se enfadan y los abruman con su peso; luego vuelven con aire solemne a su digestión, y entre ellos prueban de una manera indudable que todos son unos imbéciles.

Les odio.



Odio a los burlones malsanos, a los jovenzuelos que chancean sobre todas las cosas, no pudiendo imitar la cargante gravedad de sus papás. Hay carcajadas más huera aún que el silencio diplomático. La época de ansiedad en que vivimos trae aparejada una alegría nerviosa impregnada de angustia que me irrita dolorosamente, como el sonido de una lima frotada contra los dientes de una sierra. ¡Callad, todos los que os habeis impuesto la tarea de divertir al público, vosotros no sabéis ya reír; reís con tal actitud, que producís

dentera! Vuestras bromas lastiman; vuestras maneras ligeras tienen la gracia de las posturas de los dislocados; vuestros saltos peligrosos son grotescas volteretas en las que os exhibís lastimosamente. ¿No veis que no estamos de humor de chanzas? Miraos, llorareis hasta vosotros mismos. ¿A qué esforzaros, a qué golpearos los costados para encontrar gracioso lo que es siniestro?

No es así como se reía en otro tiempo, cuando todavía se podía reír. Hoy la alegría es un espasmo, el buen humor una locura que sacude. Nuestros reidores, los que tienen una reputación de buen humor, son gentes fúnebres que cogen en la mano cualquier hecho, cualquier hombre, y lo estrujan hasta que estalla, como niños traviesos que nunca juegan bien con sus juguetes hasta que los destrozan. Nuestras risas son las de las gentes que se aprietan los costados cuando ven que cae un transeunte y se rompe un miembro. Nos reimos de todo, cuando no hay el más leve motivo de risa. De esta suerte somos un pueblo muy alegre; nos reimos de nuestros grandes hombres y de nuestros malvados, de Dios y del diablo, de los otros y de nosotros mismos. Hay en París todo un ejército que mantiene al público en perpetua hilaridad; la farsa consiste en ser estúpido alegremente, como otros son bes-

tias con toda solemnidad. En cuanto a mí, deploro que haya tantos hombres de chispa y tan pocos de verdad y de liberal justicia. Cada vez que veo a un muchacho soltar la carcajada para el placer del público, le compadezco, y siento que no sea bastante rico para vivir en la holganza, en lugar de reir de un modo tan poco digno. Pero no tengo compasión para los que rien siempre, sin derramar nunca una lágrima.

Les odio.



Odio a los estúpidos que todo lo miran con desdén; a los impotentes que dicen que nuestro arte y nuestra literatura mueren de muerte natural. Esos son los cerebros más vacíos y los corazones más secos, gentes enterradas en lo pasado que ojean con desprecio las obras vivas y calenturientas de nuestra edad y las califican de nulas y estrechas. Yo miro las cosas de distinta manera. Me preocupo poco de la belleza y de la perfección. Me burlo de los grandes siglos. Sólo me interesa la vida, la lucha, la fiebre. Me encuentro muy a mi gusto entre nuestra generación. Me parece que el artista no puede desear época mejor ni medio más adecuado. No hay ya ni maestros ni

escuelas. Vivimos en plena anarquía, y cada uno de nosotros es un rebelde que piensa, crea y se bate por sí mismo. La hora es decisiva; esperamos a los que ataquen mejor y más recio, a aquellos cuyos puños tengan suficiente fuerza para cerrar las bocas; y cada nuevo luchador abriga en el fondo una vaga esperanza de ser el dictador, el tirano de mañana. Luego ¡qué horizonte tan dilatado! ¡Cómo sentimos palpitar en nosotros las verdades del porvenir!

Si balbuceamos es apremiados por las muchas cosas que tenemos que decir. Estamos en el dintel de un siglo de ciencia y de realidad, y momentos hay en que vacilamos como hombres ébrios ante la gran claridad que se levanta ante nosotros. Pero trabajamos, preparamos la tarea de nuestros hijos, estamos en la hora de la demolición, cuando el polvo del yeso llena el aire y caen con estrépito los escombros. Mañana el edificio será reconstruido. Habremos tenido las abrasadoras alegrías, la angustia dulce y amarga del alumbramiento; habremos tenido las obras apasionadas, los gritos libres de la verdad, todos los vicios y las virtudes de los grandes siglos en su cuna. Nieguen los ciegos nuestros esfuerzos; vean en nuestras luchas las convulsiones de la agonía, no obstante ser estas luchas

los primeros vagidos del nacimiento. Al fin y al cabo son ciegos.

Les odio.

**

Odio a los fámulos que nos dirigen, a los pedantes y a los hombres fastidiosos que rehusan la vida. Estoy por las libres manifestaciones del genio humano. Creo en una serie no interrumpida de exposiciones humanas, en una interminable galería de cuadros, y lamento no poder vivir siempre para asistir a la eterna comedia que consta de mil actos diversos. Soy un simple curioso. Los necios que no se atreven a mirar hacia adelante, miran atrás.

Quieren constituir el presente con las reglas del pasado, y quieren que el porvenir, tome por modelo las obras y los hombres de los tiempos que fueron. Amanecerán los días, y cada uno de ellos traerá una nueva idea, un arte nuevo, una nueva literatura. Las obras serán tantas y tan variadas como las sociedades, y ellas se transformarán eternamente. Pero los impotentes no quieren ensanchar el marco; han formado la lista de las obras ya producidas, y han obtenido así una verdad relativa de la que hacen una verdad absoluta. No creéis, imitad. Y he ahí porqué odio a

las gentes neciamente graves, y a las neciamente alegres, y a los artistas y a los críticos que quieren hacer estúpidamente la verdad de hoy con la verdad de ayer. No comprenden que avanzamos y que los paisajes cambian.

Les odio.

*
**

Y ahora ya sabéis cuáles son mis amores, mis bellos amores de mi juventud.

París, 1866.



El sufragio universal

Nos encontramos en pleno período electoral; la gran comedia moderna va a comenzar de nuevo.

Molière estudiaría en ella, si hoy viviese, los apetitos y la estupidez de los hombres. Es un relincho universal, es una exposición de todas las medianías, es la bestia humana lanzada con sus vanidades y sus miserias. En el siglo xx el resultado podrá ser soberbio; pero en la actualidad, el guiso es de los menos agradables.

Me he echado a reír, en un rincón, ante el levantamiento de los hombres políticos y de la Prensa, cuando se les significó que tendrían tres pobres semanillas de agitación electoral. Han hablado furiosamente de emboñada, de mala fe, y ha circulado bastante la palabra escamoteo. ¡Sí, el Gobierno indecoroso les escamoteaba su placer, arrebatábase de la boca el pan del desorden! ¡Calcúlese! sólo tres semanas para escribir profesiones de fe imbéciles e incorrectas, para adoctrinar a pobres diablos que se venden por un vaso de

vino, para llenar la Prensa de un montón horrible de prosa que ni aun para el estercolero serviría, para tener al país en un malestar intolerable, del que la nación sale con los ojos fatigados y la cabeza vacía, como después de una noche de embriaguez. ¡Pero es una medida irónica! ¡eso no puede soportarse! ¡Se necesitaban tres meses de golosina! ¡era menester la vida entera!

¡Ah! ¡toda la vida! ¡Qué dorado sueño! ¡Elecciones continuas, diputados nombrados por un día, mandando un día y volviéndose a presentar a sus electores por la noche! ¡Nada más que política, al almorzar y al comer, en la cama como en la mesa! ¡Una nación que comiera periódicos en lugar de pan, que se viera obligada a formar cola para depositar candidaturas en las urnas, sin tener tiempo siquiera para lavarse las manos!

El hecho es bien simple. En sus tiendas los carniceros impulsan el consumo de la carne. Desde el momento en que la política se ha hecho una carrera, el refugio natural de las ambiciones enfermizas de los hombrecillos que han fracasado en todo lo demás, es natural que esos hombres nos atiborren de política. Es la lucha por la existencia. ¿Qué sería, por ejemplo, de M. Floquet, o de M. Ranc, o de muchos otros, si de un día a otro

esa Francia a quien fastidian les suprimiera su vaca de leche? Se convertirían en abogados sin talento, en novelistas de décimo orden, en transeuntes desconocidos en la acera banal.

¡Adelante, pues, la política! ¡Política en todas partes! ¡política siempre! Cuanto más turbia es el agua, más abundante es la pesca. Se abusa de pública estupidez, y se lanza un grito de dolor y de rabia porque se conceden solamente veintitantos días para explotar en grande.

Yo, que no soy tendero, opino que esas tres semanas van a ser un buen peso para los mozos algo literatos, sensibles a las buenas fórmulas intelectuales de sus contemporáneos.

Lo mejor sería no leer un periódico, porque los periódicos, encantados con el regalo, en ese mes de agosto tan vacío generalmente, tan difícil de pasar, abusarán sin dudá ninguna de la materia electoral. Se resarcirán de la brevedad del tiempo con la cantidad de prosa indigesta.

Me parece que tres días hubieran bastado: el primero para avivar al país, el segundo para dejarle reflexionar, y el tercero para depositar el voto. Si no sabe en un día lo que debe hacer, no lo sabrá jamás.

Tengo como una idea de que un día bastaría a los electores para votar bien, mientras que

tres semanas no bastan a los hombres políticos para hacer votar a los electores a su antojo.

He ahí dónde está la cuestión práctica del sufragio universal.



El principio del sufragio universal parece ciertamente inatacable. Es la única herramienta gubernamental de una lógica absoluta.

Imaginaos una nación en que todos los ciudadanos son igualmente sabios e instruidos. Se reúnen cada tres o cuatro años, delegan el poder en aquellos que consideran más capaces de ejercerle. Nada tan claro en teoría, nada tan humanamente justo.

Pero lo enojoso es que la teoría se falsea en cuanto se pasa a su aplicación.

Un pueblo no es una adición de cifras equivalentes. Así, pues, dando el mismo valor a cada ciudadano, se introducen en el total enormes causas de error que vician la operación.

En una palabra, desde el momento en que los hombres intervienen con sus locuras y sus enfermedades, la lógica matemática del sufragio universal queda destruida, no restando de ella más que una abominable confusión.

Ya no es ciencia, es empirismo, y del más turbio, del más peligroso.

He aquí por qué todos los espíritus científicos de este siglo se han mostrado llenos de vacilación y desconfianza ante el sufragio universal.

Hablo de nuestros filósofos, de nuestros sabios, de los que proceden por la observación y la experimentación.

Rechazan lo absoluto, estudian al hombre fuera de los dogmas, y juzgan que la igualdad fisiológica no existe, que un hombre no vale lo que otro, que hay una eliminación continua y necesaria de casi una mitad de la humanidad. De tal modo que el sufragio universal no es ya una realidad basada en lo real, sino que se convierte en un idealismo basado en la concepción religiosa de una igualdad de las almas.

Nuestros terribles intransigentes, nuestros ateos, ¿no sospechan que son simples católicos cuando llaman al escrutinio como a los idiotas y a los escrofulosos?

Véase Littré, véase Taine, véase Renán, véanse las obras de todos los que intentaron la aplicación de la fórmula moderna de nuestras ciencias a la política: retroceden ante la idea de poner otra vez el gobierno en manos de la nación entera, porque los elementos no les parecen bastante determinados, porque la observación y la experiencia han puesto de ma-

nifiesto las desigualdades que el trabajo de selección produce en cada pueblo, porque, en fin, se niegan a lanzarse en un empirismo que va derechamente al charlatanismo de los mediocres y de los ambiciosos.

He aquí lo que es necesario establecer con claridad.

El sufragio universal no tiene todavía nada de científico, es puramente empírico. Con la masa considerable de nuestros electores ignorantes, con los vergonzosos tráficós con la granjería de unos y la estupidez de otros, no se puede saber lo que saldrá del escrutinio. El total de la operación es falsificado, y nunca se obtendrá el verdadero, porque es la verdad. Los candidatos que merecen ser elegidos, se ven obligados a descender a las mismas maniobras que los candidatos que ninguna razón tienen para serlo. En una palabra, el soberbio principio de la soberanía del pueblo desaparece, no queda de él más que el sucio teje-maneje de un montón de tunantes que se valen del sufragio para repartirse el país, como se hace uso de un cuchillo para trincar un pollo.



Y así se explica que los hombres políticos se enfaden al verse obligados a amasar, cocer y comerse las elecciones en tres semanas.

Porque la tarea no es cosa fácil. Se trata, para cada uno, de conquistar al elector, de inculcarle sus ideas, de embrollarle el cerebro hasta el punto de arrancarle su voto. Esto, en lenguaje político, se llama ilustrarle. Pero, como cada partido, y aun cada candidato, tienen la pretensión de ilustrar al lector a su manera, imaginaos la bella composición que se produce en la cabeza de éste. Se le lleva aquí, se le lleva allá, y generalmente vota sin saber lo que hace, cediendo a las consideraciones más extrañas del mundo.

La verdad es que hasta la fecha, el sufragio universal es para quien sabe entenderle. Es asunto de habilidad y de energía. Se recordará hasta qué punto el segundo Imperio se había apoderado de él. Durante dieciocho años mantúvose dócil bajo el látigo; y si la bestia se le escapaba hacia el fin, es porque él se volvía torpe y no sabía montarla. En la actualidad la República tiene las riendas; pero bastaría que cometiese la menor falta para que fuese lanzada al arroyo.

No hay instrumento menos conocido y que proporcione más sorpresa. Nuestros hombres políticos se sirven de él con visible respeto y miedo. Lo cual se adivina en las precauciones que toman, en los enormes esfuerzos que hacen cada vez que se verifica el escrutinio. Si

le bastara al mérito con presentarse, el mérito se presentaría y sería elegido. Pero vemos al mérito más inquieto que a la estupidez, empleando formidables mecanismos, arriesgándose como en terreno sembrado de abismos.

Es una lotería en la que es preciso trampear. El sufragio universal, natural y bonachón, el que no ha pasado por las cacerolas de la política, no existe. No hay más que el sufragio universal aderezado, sofisticado, trabajado como una pasta durante semanas, prometido como un excelente guiso al buen pueblo que carece de pan; y hasta ocurre que habiéndole puesto al horno un candidato, es su adversario quien se lo come. ¿Por qué? No se sabe. Una jugarreta.

Y lo que prueba hasta qué punto el sufragio universal es un instrumento poco conocido, que nadie tiene completamente en su mano y que todo el mundo quisiera hacer suyo, es la lucha terrible que ultimamente tuvo lugar con motivo del escrutinio de distrito y el escrutinio de lista.

Reuniendo los argumentos que se lanzaron a la cabeza de una parte y de otra, se obtendrá la requisitoria más aplastante que nunca se haya escrito contra el sufragio universal: por un lado, el escrutinio del distrito, con sus barrios podridos, sus compras de conciencias,

la presión de los grandes propietarios sobre las comunidades conquistadas; por otro lado el escrutinio de lista, reemplazando a los electores por comités; imponiendo candidatos desconocidos, introduciendo una elección de dos grados disfrazada, y no siendo más que la negación del propio sufragio universal.

Después de esto, los observadores, los pensadores, no pueden hacer más que encogerse de hombros ante una máquina de mecanismo tan defectuoso, y sobre cuyo funcionamiento nadie se entiende.



LA DEMOCRACIA

I

Es sin duda una herramienta política necesaria, mas esperemos a que el uso la regule y le dé un carácter científico antes de declararla el verdadero regulador de las naciones modernas.

Repasando uno de estos días los «Misterios de Ultratumba», de M. Chateaubriand, se han detenido mis ojos en las siguientes frases:

«Europa corre a la democracia... Desde David a nuestro tiempo, los reyes fueron llamados; las naciones parecen serlo a su vez... Abundan los síntomas de la transformación social. En vano se hacen esfuerzos para constituir un partido para el gobierno de uno solo: los principios de este gobierno no se encuentran... Después de todo, será menester renunciar a él. ¿Qué son tres, cuatro, veinte años en la vida de un pueblo? La sociedad antigua perece con la política de que saliera... La era de los pueblos ha llegado.»

He aquí lo que escribía, hace próximamente medio siglo, el despabilado paladín de la mo-

narquía. Estaba noblemente envuelto en la fidelidad a su rey, y dejaba oír ese grito de absoluta desesperanza ante la sociedad nueva, que subía irresistiblemente como la marea. Hoy el movimiento ha continuado, se ha acentuado aún, barre a estas horas los últimos escombros del viejo mundo.

Pues bien, el siglo entero está ahí, en esa evolución social.

Es el advenimiento de la democracia el que renueva nuestra política, nuestra literatura, nuestras costumbres, nuestras ideas. Compruébalo un hecho, nada más. Y añado que el que quiera interceptar el camino a ese hecho, será arrastrado por él.

Comprendo, por otro lado, todos los pesares. Un viejo edificio, de una majestad secular, no cruje sin llenar los corazones religiosos de cólera y de dolor. Los monárquicos cifran su esperanza en una restauración, que imaginan posible; nada más respetable. Hasta admito que esta restauración tenga lugar mañana. Un rey reinará bien, veinte, treinta años. Y luego, ¿qué? Como dice Chateaubriand, en ese grito de melancolía suprema: «Después de todo, será necesario renunciar a la cosa.» Un nuevo reflujo ahogará el trono, y la democracia se dejará ver nuevamente, más amplia y más profunda.

¿A qué enfadarse? ¿A qué romperse los puños contra una fuerza?

La fuerza pasa, siempre debe pasar. Aún cuando mañana tuviésemos un rey, su primer cuidado sería formar parte de la democracia, porque la realeza no es ya posible si no le cede la mitad del trono.

Por otra parte, no prejuzgo la forma de gobierno; todos los ensayos pueden intentarse; hasta al cabo de cien años, nuestras catástrofes políticas, proceden de los tanteos para regular el funcionamiento normal de las nuevas sociedades. De ahí nuestro malestar, nuestras disputas, el desorden a que asistimos, y que a veces, en el desaliento de la hora actual, nos hace olvidar el gran trabajo del siglo.

Ni siquiera estoy hablando como republicano; hablo como hombre.

¿Por qué no tener fe en la vida, en la humanidad? La sacude e impulsa un trabajo sordo. Pues bien, ese trabajo no puede ser más que una dilatación del ser, una toma de posesión más vasta del mundo.

No hay ninguna razón para creer en el mal final; por el contrario, cuando se ha hecho la suma de esfuerzos, se comprueba siempre en la historia un paso más hacia adelante, a pe-

sar de las equivocaciones de la marcha. Avancemos, pues, pongamos nuestra certidumbre en el porvenir. A pesar de todo, el mañana tendrá razón.

Tal es la creencia inquebrantable que quisiera ver en hombre político, por encima de la abominable conveniencia de los partidos. La miseria comienza cuando se desciende a la medianía y la truhanería de los ambiciosos que son la vergüenza de su época. Nos sobrecoge entonces gran indignación, se pelea contra esos hombrecillos por poca preocupación que se tenga por la verdad; y tal vez se obrara mejor guardando silencio, esperando el total de los resultados, porque todo entra en el trabajo de la vida, hasta los elementos sucios y destructores. Así como la muerte es necesaria a la existencia, los hombrecillos fueron hechos sin duda para llenar las fosas, en las cuales caen de nuevo en el vacío, mientras el siglo pasa.

La política no es hoy más que eso. Si la hora parece turbia aun, los hechos se revelan cada vez con más precisión, y lo que todo el mundo oye es el zumbido de la democracia que asciende sin cesar. Es el porvenir, nadie es capaz de dudarlo. Así, pues, es necesario aceptarla, se ha de creer en ella, dejando que las pasiones de unos la nieguen y que las ambi-

ciones de otros se la metan en el bolsillo. No tiene ella la culpa de que imbéciles y tñnantes especulen con ella. Y, sobre t3do, es menester no temblar al acercarse a 3lla, cualquiera que sea la tempestad que nos la traiga. El mundo se hizo enmedio de los cataclismos. Cuando se haya concluido la obra, ser3 buena.



Pero dejo la pol3tica que, en resumen, no es mi dominio, y donde guerreo solamente porque en 3l abundan todos los des3rdenes humanos, y paso a la literatura.

En las letras, la evoluci3n democr3tica se cumple con tanta pujanza como en la pol3tica.

Despu3s de la insurrecci3n rom3ntica, que limpi3 el terreno, vino el movimiento naturalista, para asentarse en 3l nuevo orden. Toda sociedad aporta su literatura, y hace mucho tiempo que los cr3ticos anuncian la transformaci3n del esp3ritu literario. Sainte-Beuve, presa de inquietud ante esa ola creciente, hab3a retrocedido a las edades cl3sicas, despu3s de poner vanamente su esperanza en el romanticismo. A pesar de su amplia compresi3n, sent3ase desbordado en sus costumbres y sus gustos, dec3a que una edad acababa y que ha-

bía llegado la hora en que los escritores de la vieja Francia debían irse.

Este sentimiento de terror, estas ganas de acabar, los he encontrado en todos mis mayores, y en los más ilustres. Es la actitud inquieta y desesperanzada de los realistas en política, ante la nación trastornada, derrumbando las construcciones antiguas; y lo singular es que los escritores que tiemblan ante la democracia en literatura son, en ocasiones, los que más trabajaron para su advenimiento. Pero son los hijos de otra edad, todo les hiere en la nuestra.

La Prensa, con su estrépito ensordecedor, su tarea tan turbia, los pone fuera de sí. Permanecen en la torre de marfil de Vigny, donde han guardado el pontificado del poeta, rimando a ratos, llenos de cólera ante la idea de vender sus obras. En nuestra producción literaria, confusa y tardía, convertida en profesión, ven el próximo fin de la literatura, el derrumbamiento definitivo de esas obras grandes y bellas.

Trato de pintar exactamente aquí un estado de espíritu muy característico. Fáltales tierra, parece que haya acabado el mundo. A lo lejos, el zumbido de la democracia que avanza, paréceles a ellos el clamor de los bárbaros, acudiendo a matar las inteligencias y a im-

plantar en los pueblos el nivel igualitario de una medianía universal. Y este espanto, nace de la idea de que la democracia es la enemiga de las artes y de las letras, les da el odio de su tiempo, de las ideas nuevas, de las modernas invenciones, de esa vasta corriente positivista cuya influencia en nuestra literatura contemporánea es cada vez más marcada.

Háblese de la época a los escritores que tienen hoy de cincuenta a sesenta años.

Algunos se lanzarán tal vez a efusiones líricas sobre la democracia, a la cual el romanticismo, en los últimos, ha puesto el justillo de Hernani. Pero los otros, los que no pertenecen al carnaval humanitario, elevarán los brazos al cielo, ante la abominación del país de las letras.

El antiguo espíritu, ese lindo espíritu de los jardines académicos, todo de erudición amable y de retórica maliciosa, agoniza en la actualidad, para ceder su sitio a otro espíritu, de una claridad brutal, todo documentos, que reemplaza la producción literaria de otros tiempos por las experiencias del sabio, que acepta al fin el oficio de escritor, le practica y vive de la pluma, como el médico vive de la lanceta.

Este aspecto positivo de las letras es el que indigna a nuestros mayores y les hace

predecir el fin de la literatura francesa, ahogada en el utilitarismo y en la tarea igualitaria de la democracia.

Entre nuestros contemporáneos, conozco otro grupo de escritores que, sin lamentarse, continúan excépticos y despreciativos ante el movimiento democrático.

Estos tienen mi edad. Son metodistas de la inteligencia, que cifran una especie de aristocracia de la inteligencia en comprenderlo todo y no apasionarse por nada. Discuten acerca del arte de peinarse, se dan como hombres de ingenio y llevan la sutilidad hasta coger las cosas por la cola, con tal de parecerse a los otros hombres. Pero, sobre todo, tienen la pretensión de estar siempre a un lado, con el desdén de la multitud; sé de algunos que afectan escribir para un solo lector, algún compañero eminente, diciendo que se burlan de la opinión del resto de los mortales. La verdad es que, en el fondo, no marchan con su siglo, porque no tienen la pasión de él.

Y sinceramente, esos jóvenes de la literatura me entristecen más, con su música de salón, que los románticos nuestros antepasados con sus lamentaciones a toda orquesta.

Se comprende el pesar por el pasado, en presencia del porvenir; pero ¿qué decir de

esos hijos de la hora actual que encuentran espiritual y distinguido abandonar la tarea para entregarse aparte a juegos inocentes? La democracia asciende, y colocan barquichuelos de papel en cubetas de agua, so pretexto de que no están calzados con suficiente finura para ir a mojarse fuera.

II

• Pues bien, en literatura, como en política, creo que es necesario no sentir miedo ante los tiempos nuevos. Una literatura no muere sino con una lengua. Mañana aportará su obra, y tanto más amplia, así la espero, cuanto más parece agrandarse el hueco en el siglo xx. Es imposible que asistamos a una agonía después de la prodigiosa actividad intelectual que distingue a nuestro tiempo; es seguramente un nacimiento, el comienzo de un gran período histórico.

¿Qué siglo va a nacer? No puede decirse. Pero ¿por qué no tener confianza y no esperarle con la serenidad que presta la fe?

Sin duda que nuestra época literaria está singularmente turbada. Desde el desmoronamiento del tiempo clásico, hemos vivido en la anarquía de los estilos; la catedral gótica se derrumbó luego, como aquellas ruínas ficticias

que una gota de lluvia convierte en barro en los jardines burgueses; y desde entonces ha reinado la confusión de las fantasías personales, mientras que, lentamente, la fórmula naturalista se completaba y se imponía. Sólo nuestros hijos podrán mostrarla clara y establecerla, pues nosotros estamos aun demasiado acalorados a causa de la lucha, para tener la calma necesaria. De ahí provienen todas nuestras lamentables exageraciones, nuestra lengua todavía empenachada, nuestra observación demasiado especialmente dirigida sobre determinados asuntos. Toda revolución comienza así, por violencia enfadosa. Es necesario esperar a que se funde el nuevo Estado.

*
**

Es como el estrépito vacío de la Prensa, esa ola de baja literatura que llena la inteligencia pública y desespera a los verdaderos escritores.

Verdad es que la cosa no es muy propia, que se da allí un resultado democrático que inquieta. Sólo que, como en toda evolución humana, se deben poner a un lado las miserias y las vergüenzas.

Por otra parte, la Prensa realiza una útil labor; es la vanguardia de la democracia, difunde la lectura y ensancha nuestro público.

Sé que precisamente de ese público demasiado grande se quejan los antiguos hombres ilustrados y los refinados de la generación joven.

Pero ¿por qué hemos de temblar ante una clientela hecha de toda la nación? Ahí está la verdadera democracia en literatura, hablar de todo y hablar de todos, dar derecho de ciudadanía en las letras a todas las clases y dirigirse a todos los ciudadanos. Si nuestro público se hace inmenso, deber nuestro es tener la voz bastante poderosa para que llegue a los cuatro extremos del país.

Y lo propio ocurre con el mercantilismo que se censura en las letras modernas.

He dicho en otra parte que el dinero nos hace dignos porque nos hace libres. Somos comerciantes, es verdad; no lloriqueamos como aquel escritor de Chatterton, cuando nos vemos obligados a vender nuestros libros; y nuestros libros son precisamente nuestros desde que los vendemos. Hemos conquistado el derecho de decirlo todo en ellos viviendo de nuestro trabajo, como los otros productores de la nación.

Dejad correr las aguas cenagosas que todo diluvio vierte sobre la tierra, y contad con el cielo azul.

Sin duda que está obscuro el porvenir, que

nadie puede aspirar a precisarlo. Se explican las horas de desesperación en tiempos tan turbados como los nuestros. ¡Cuántas veces los más firmes, perdiendo la tierra de vista, abandonándose en medio de la tempestad, blasfeman contra sus creencias! Y he aquí por qué es necesario dar la ciencia por base a todas las manifestaciones de la humana actividad. La ciencia es la única certeza. Ponedla en la política y en la literatura, si teneis necesidad de creer. En seguida os sentireis fuertes. Estaréis de pie sobre una roca que no se moverá.

Sí, la ciencia regulará la democracia misma. Esta democracia no es aún más que una palabra, un monstruo horrible para unos, una vaca de leche para otros. No trato por mi parte de definirla, de saber lo que nos trae de bueno y de malo, porque me basta que llegue por la ciencia y que la ciencia debe un día determinarla.

La ciencia enterrará las locuras humanitarias, las concepciones delirantes de los hambrientos y los ambiciosos, para establecer el nuevo orden social sobre las verdades naturales.

¿Por qué, pues, nos hemos de inquietar por lo que vendrá, puesto que habrá solamente en ello un producto lógico del trabajo del mundo?

Ello no podrá ser, lo repito, más que un acrecentamiento de la vida.

*
**

Se nos reprocha que no creamos.

Quisiera ponerme en pie y hacer en voz muy alta mi acto de fe.

Creo en mi siglo con toda mi moderna ternura. Sólo los creyentes son fuertes. Todo aquel, en política como en literatura, que no crea en su tiempo, caerá en el error y en la impotencia. He visto a mis antepasados esterilizarse en medio de sus pesares; veré ciertamente resbalar al vacío a aquellos de mis contemporáneos que ensarten perlas aparte, por una distinción de excepticismo.

Creo en la ciencia porque es la herramienta del siglo, porque lleva en sí la única fórmula sólida de la política y de la literatura de mañana. Ella fué quien abrió la revolución y ella será quien la cierre. Solamente en ella hay salvación para la humanidad. Ensanchará nuestro dominio sin rechazar nada de él, precisando nuestras facultades y estableciendo la lógica de nuestras relaciones.

Creo en el día que transcurre, y creo en el día de mañana, seguro de un crecimiento cada vez más vasto, por haber cifrado mi pasión en las fuerzas de la vida.



Proudhon y Courbet

I

Hay volúmenes cuyo título reunido al nombre del autor, basta para dar, antes de toda lectura, idea del alcance y de la entera significación de la obra.

El libro póstumo de Proudhon: «Del principio del Arte y su destino social», estaba sobre mi mesa; no lo había abierto; sin embargo, creía saber lo que contenía, y ocurrió que mis previsiones se realizaron. o o

Proudhon es un carácter honrado, de una rara energía, amante de lo justo y de lo verdadero. Es el nieto de Fourier, se inclina al bienestar de la humanidad; sueña una vasta asociación humana en la que cada hombre sea miembro activo y modesto. Pide, en una palabra, que la igualdad y la fraternidad reinen, que la sociedad, en nombre de la razón y de la conciencia, se reconstituya sobre las bases del trabajo en común y del perfeccionamiento continuo. Parece cansado de nuestras luchas, de nuestras desesperaciones y de nuestras miserias. Quisiera obligarnos a la paz,

a una vida arreglada. El pueblo que ve en sueños, es un pueblo que saca su tranquilidad del silencio del corazón y de las pasiones; ese pueblo de obrero no vive más que de justicia.

En toda su obra ha trabajado Proudhon para el nacimiento de ese pueblo. De día y de noche debía pensar en combinar los diversos elementos humanos, de manera de establecer sólidamente la sociedad que soñaba. Quería que cada clase, cada trabajador, entrase por su parte en la obra común, y ordenaba las inteligencias, reglamentaba las facultades, deseoso de no perder nada y temiendo al propio tiempo introducir algún fermento de discordia. Le veo a la puerta de su ciudad futura, inspeccionando a todo hombre que se presenta, sondeando su cuerpo y su inteligencia, marcándole luego y dándole un número por nombre, una tarea por vida y por esperanza. El hombre no es más que un ínfimo peón de albañil.

Un día, se presentó en la puerta la banda de artistas. Hete aquí a Proudhon perplejo. ¿Quiénes son esos hombres? ¿Para qué sirven? ¿Qué diablos se les puede encomendar que hagan? Proudhon no se atreve a rechazarles lisa y llanamente, porque, después de todo, no desdeña ninguna fuerza, y espera, con

paciencia, sacar de ellos algún provecho. Se pone a pensar y a reflexionar. No quiere ser desmentido; acaba por encontrarles un rinconcito; les echa un largo sermón, en el cual les recomienda que sean muy cuerdos, y les deja entrar, vacilando todavía y diciéndose a sí mismo: «Les vigilaré, pues tienen malas fachas y ojos brillantes que nada bueno prometen».

Tenéis razón para temblar, no deberíais haberles permitido entrar en vuestra ciudad modelo. Son hombres singulares que no creen en la igualdad, que tienen la extraña manía de tener corazón, y que extreman a veces la perversidad hasta tener genio. Van a perturbar a vuestro pueblo, a trastornar vuestras ideas de comunidad, van a negaros y a empeñarse en no ser más que ellos mismos. Se os llama el lógico terrible; me imagino que vuestra lógica dormía el día en que cometisteis la irreparable falta de aceptar pintores entre vuestros zapateros y vuestros legisladores. No amáis a los artistas, toda personalidad os desagrada, queréis aplastar al individuo para ensanchar la vía de la humanidad. Pues bien, sed sincero, matad al artista. Vuestro mundo estará más tranquilo.

Comprendo perfectamente la idea de Proudhon, y hasta si se quiere, me asocio a ella.

Quiere el bien de todos, lo quiere en nombre de la verdad y del derecho, no hay porqué mirar si aplasta algunas víctimas dirigiéndose al fin. Consiento en habitar en esa ciudad; me aburriré mortalmente en ella sin duda, pero me aburriré honradamente, lo que es una compensación.

Lo que no podría esperar, lo que me irrita, es que Proudhon obliga a vivir en esa ciudad dormida a hombres que rechazan enérgicamente la paz y el anonadamiento que les ofrece. Es tan sencillo no recibirles, hacerles desaparecer. Pero por el amor de Dios, no les echéis una filípica; sobre todo, no os distraigáis en amasarlos con otro fango distinto del que Dios les ha formado, por el simple placer de crearlos una segunda vez tal como vos los deseáis.

Todo el libro de Proudhon está ahí. Es una segunda creación, un homicidio y un alumbramiento. Acepta al artista en su ciudad, pero el artista que él se imagina, el artista que necesita y que crea tranquilamente en plena teoría. Su libro está vigorosamente pensado, tiene una lógica aplastante; solamente que todas las definiciones, todos los axiomas, son falsos. Es un colosal error deducido con una fuerza de razonamiento que no se debería poner jamás sino al servicio de la verdad.

Su definición del arte hábilmente conducida y hábilmente explotada, es esta: «Una representación idealista de la naturaleza y de nosotros mismos, con la mira del perfeccionamiento físico y moral de nuestra especie». Esta definición es verdaderamente del hombre práctico de quien hablaba no ha mucho, que quiere que las rosas se coman en ensalada. Sería banal en manos de cualquier otro, pero Proudhon no bromea cuando se trata del perfeccionamiento físico y moral de nuestra especie. Se sirve de su definición para negar el pasado y para soñar un porvenir terrible. El arte perfecciona, convengo en ello, pero perfecciona a su manera, contentando el espíritu y no predicando, dirigiéndose a la razón.

Por otra parte, la definición me preocupa poco. No es más que el resumen muy inocente de una doctrina de otro modo peligrosa. No puedo aceptarla únicamente a causa de los desarrollos que le da Proudhon; en sí misma la encuentro obra de un bravo sujeto que juzga el arte como se juzga la gimnasia y el estudio de las raíces griegas.

Proudhon sienta esto en tesis general. Yo público, yo humanidad, tengo derecho a guiar al artista y a exigir de él lo que me agrada; no debe ser él, debo ser yo, no debo pensar más que como yo, no trabajar más que para

mí. El artista por sí mismo no es nada, lo es todo por la humanidad y para la humanidad. En una palabra, el sentimiento individual, la libre expresión de una personalidad están proscritos. Hay que ser no más que el intérprete del gusto general, no trabajar más que en nombre de todos, a fin de agradar a todos. El arte alcanza su grado de perfección cuando el artista se borra, cuando la obra no lleva ya nombre, cuando es el producto de una época toda entera, de una nación, como la estatua egipcia y la de nuestras catedrales góticas.

Yo siento en principio que la obra no vive más que por la originalidad. Es preciso que descubra un hombre en cada obra, o la obra me deja frío. Yo sacrifico resueltamente la humanidad al artista. Mi definición de una obra de arte sería: «Una obra de arte es un rincón de la creación visto a través de un temperamento». ¿Qué me importa el resto? Yo soy artista y os doy mi carne y mi sangre, mi corazón y mi pensamiento. Me exhibo desnudo ante vosotros, me entrego tal cual soy, bueno o malo. Si quereis informaros, miradme, aplaudid o silbad, que mi ejemplo sea un estímulo o una lección. ¿Qué más quereis de mí? No puedo daros otra cosa, puesto que me entrego todo entero, en mi violencia o en mi dolor, tal como Dios me hizo. Sería

risible que viniéseis a hacerme cambiar y a hacerme mentir, vos, el apóstol de la verdad! No habéis comprendido que el arte es la libre expresión de un corazón y de una inteligencia, y que es tanto más grande cuanto más personal se muestra. Si existe arte de las naciones, la expresión de las épocas, existe también la expresión de las individualidades, el arte de las almas. Un pueblo ha podido crear arquitecturas, pero ¡cuánto más conmovido me siento ante un poema o un cuadro, obras individuales, donde me vuelvo a hallar con todas mis alegrías y mis tristezas! Por lo demás no niego la influencia del medio y del momento sobre el artista, pero ni siquiera tengo que preocuparme por ello. Acepto el artista tal como se me presente.

Decís dirigiéndoos a Eugenio Delacroix: «Me cuido bien poco de vuestras opiniones personales... No es por vuestras ideas y por vuestro propio ideal con lo que debéis obrar sobre mi ánimo al pasar ante mis ojos; es con la ayuda de las ideas y del ideal que están en mí, lo que es precisamente lo contrario de lo que os vanagloriais de hacer. De manera que vuestro talento se reduce... a producir en nosotros impresiones, movimientos y resoluciones que redundan, no en vuestra gloria ni en vuestra fortuna, sino en provecho de

la felicidad general y del perfeccionamiento de la especie. Y en vuestra conclusión exclamáis: «En cuanto a nosotros, socialistas revolucionarios, decimos a los artistas como a los literatos: Nuestro ideal es el derecho y la verdad. Si no sabeis con esto hacer arte y estilo, atrás! No os necesitamos. Si estais al servicio de los corrompidos, de los fastuosos, de los holgazanes, atrás! No queremos vuestras artes. Si la aristocracia, el pontificado y la majestad real os son indispensables, atrás siempre! Proscribimos vuestro arte así como vuestras personas.»

Y yo creo podemos responder en nombre de los artistas y de los literatos, de los que sienten latir en ellos el corazón y bullir sus pensamientos: «Nuestro ideal, son nuestros amores y nuestras emociones, nuestros llantos y nuestras sonrisas. Nada queremos de vosotros, como vosotros nada quereis de nosotros. Vuestra comunidad y vuestra igualdad nos descorazonan. Nosotros hacemos estilo y arte con nuestra carne y nuestra alma; somos amantes de la vida, y os damos cada día un poco de nuestra existencia. No estamos al servicio de nadie, y nos negamos a entrar al vuestro. No dependemos más que de nosotros, no obedecemos más que a nuestra naturaleza; somos buenos o malos, dejándoos

el derecho de escucharnos o de taparos las oídos. Vosotros nos proscibís, decís, a nosotros y a nuestras obras. Intentadlo, y sentireis en vosotros tan gran vacío, que llorareis de vergüenza y de miseria.»

Nosotros somos fuertes, y Proudhon lo sabe bien. Su cólera no sería tan grande si pudiera aplastarnos y dejar libre el campo para realizar su sueño humanitario. Le mortificamos nosotros con toda la potencia que tenemos en la carne y en el alma. Se nos ama, nosotros llenamos los corazones, sujetamos a la humanidad por todas sus facultades amorosas, por sus recuerdos y sus esperanzas,

¡Así cómo nos aborrece, cómo su orgullo de filósofo y de pensador se irrita viendo a la multitud apartarse de él y caer ante nosotros de rodillas! El la llama, nos rebaja, nos clasifica y nos pone en el último extremo del banquete socialista. Sentémonos, amigos míos, y perturbemos el banquete.

No tenemos más que hablar, no tenemos más que coger el pincel, y he aquí que nuestras obras resultan tan tiernas que la humanidad se echa a llorar, y olvida el derecho y la justicia para no ser más que carne y corazón.

Si me preguntais qué es lo que vengo a hacer en este mundo, yo, artista, os responderé: «Vengo a vivir plenamente.»

Ahora se comprenderá cuál debe ser el libro de Proudhon. Examina los diferentes períodos de la historia del arte, y su sistema, que aplica con brutalidad ciega, le hace aventurar las más extrañas blasfemias. Estudia uno después de otro el arte egipcio, el arte griego y romano, el arte cristiano, el Renacimiento, el arte contemporáneo. Todas esas manifestaciones del pensamiento humano le desagradan; pero tiene una marcada preferencia por las obras, las escuelas en que el artista desaparece y se llama legión. El arte egipcio, ese arte hierático, generalizado, que se reduce a un tipo y a una actitud; el arte griego, esa idealización de la forma, ese clisé puro y correcto, esa belleza divina e impersonal; el arte cristiano, esas figuras pálidas y macilentas que pueblan nuestras catedrales y que parecen salir todas de una misma cantera: tales son los períodos artísticos que hallan gracia ante Proudhon porque sus obras parecen ser el producto de la multitud.

En cuanto al Renacimiento y a nuestra época, no ve más que anarquía y decadencia. Os pregunto quiénes son esos que se permiten tener genio sin consultar a la humanidad, esos Miguel-Angel, esos Tiziano, esos Veronese, esos Delacroix, que tienen la audacia de pensar por sí y no por sus contemporáneos,

de decir lo que tienen en sus entrañas y no lo que tienen en las suyas los imbéciles de su tiempo? Que Proudhon arrastre por el lodo a Leopoldo Robert y Horacio Vernet, me es casi indiferente; pero que se ponga a admirar el *Marat* y el *Juramento del Juego de Pelota*, de David, por razones de filósofo y de demócrata, o que rasgue los lienzos de Eugenio Delacroix en nombre de la moral y de la razón, esto no puede tolerarse. Por todo lo del mundo yo no querría ser elogiado por Proudhon; él se elogia a sí propio elogiando a un artista, él se complace en la idea y en el asunto que el primer peón de albañil podría hallar y disponer

Estoy aún demasiado dolorido de la carrera que he hecho con él en los siglos. No amo ni a los egipcios, ni a los artistas ascéticos, yo que no admito en el arte más que la vida y la personalidad. Amo, al contrario, la libre manifestación de los pensamientos individuales—lo que Proudhon llama la anarquía,—amo el Renacimiento y nuestra época, esas luchas entre artistas, esos hombres de los que cada uno viene a decir una palabra todavía ayer desconocida. Si la obra no es de sangre y nervios, sino es la expresión entera y punzante de una criatura, rechazo la obra, aunque fuese la *Venus de Milo*.

En una palabra, soy diametralmente opuesto a Proudhon: él quiere que el arte sea producto de la nación, yo exijo que sea producto del individuo.

Por lo demás, es franco. «¿Qué es un gran hombre?—pregunta.—¿Hay grandes hombres? ¿Se puede admitir, en los principios de la Revolución francesa y en una república fundada sobre el derecho del hombre, que los haya?»

Estas palabras son graves, por ridículas que parezcan. Vosotros, los que soñais libertad, no nos dejareis la libertad de la inteligencia? Dice más lejos, en una nota: «Diez mil ciudadanos que han aprendido el dibujo forman una potencia de colectividad artística, una fuerza de ideas, una energía de ideal muy superior a la de un individuo, y que, encontrando un día su expresión, aventajará la obra maestra.» Es por lo que, según Proudhon, la Edad media, en materia de arte, ha aventajado al Renacimiento. No existiendo los grandes hombres, el gran hombre es la multitud. Os confieso que no sé ya lo que se quiere de mí, artista, y que prefiero hacer zapatos. En fin, el publicista, cansado de rodeos, suelta todo su pensamiento, y exclama: «Pluguiera a Dios que Lutero hubiese exterminado a los Rafael, a los Miguel Angel y a todos sus émulos, a todos esos ornamentistas de palacios y de igle-

sias!» Por lo demás, la confesión es todavía más completa, cuando dice: «El arte no puede nada directamente para nuestro progreso; la tendencia es a prescindir de él.» Pues bien; prefiero esto: prescindid de él y no hablemos más de ello. Pero no vengais a declamar orgullosamente: «Consigo echar los cimientos de una crítica de arte racional y seria», cuando marcháis en pleno error.

Me imagino que Proudhon habría incurrido en error entrando a su vez en la ciudad modelo y sentándose en el banquete socialista. Se le habría expulsado implacablemente. ¿No era él un gran hombre, una poderosa inteligencia personal, en el más alto grado? Todo su odio a la individualidad recae sobre él y le condena. Hubiese venido a nuestro encuentro, de nosotros los artistas, los proscritos, y nosotros le habríamos acaso consolado, admirándolo, pobre gran orgulloso que habla de modestia.

II

Proudhon, después de haber pisoteado el pasado, sueña un porvenir, una escuela artística para su ciudad futura. Hace de Courbet el revelador de esta escuela, y arroja el incensario a la cabeza del maestro.

Ante todo, debo declarar ingenuamente que estoy desconsolado de ver a Courbet mezclado en este asunto.

Yo habría querido que Proudhon escogiese como ejemplo otro artista, algún pintor sin talento alguno. Os aseguro que el publicista, con su falta absoluta de sentido artístico, habría podido elogiar tan resueltamente a un ínfimo amasador de yeso, un peón de albañil trabajando para el mayor provecho del perfeccionamiento de la especie. El quiere un moralista en pintura, y parece importarle poco que su moralista moralice con un pincel o con una escoba. Entonces me habría sido permitido, después de haber rechazado la escuela futura, rechazar igualmente al jefe de la escuela. No puedo,

Es preciso que distinga entre las ideas de Proudhon y el artista al cual aplica sus ideas. Por otra parte, el filósofo ha disfrazado de tal modo a Courbet, que me bastará para no tener que rectificar mi juicio admirando al pintor, decir en voz alta que me inclino no ante el Courbet humanitario de Proudhon, sino ante el pujante maestro que nos ha dado algunas hermosas y verdaderas páginas.

El Courbet de Proudhon es un hombre singular, que se sirve del pincel como un maestro de aldea se sirve de su palmeta. El más

insignificante de sus lienzos, a lo que parece, está preñado de ironía y de enseñanzas.

Aquel Courbet desde lo alto de su cátedra nos mira, nos sondea hasta el corazón, pone al desnudo nuestros vicios; luego, resumiendo nuestras fealdades, nos pinta en nuestra verdad, a fin de hacernos ruborizar. ¿No estais tentados a poneros de rodillas, a golpearos el pecho y a pedir perdón? Puede ser que el Courbet de carne y huesos se parezca por algunos rasgos al del publicista; discípulos demasiado celosos y afanosos de porvenir han podido extraviar al maestro; hay siempre, por lo demás, un poco de extravagancia y de extraña ceguera en los hombres de temperamento entero; pero confesad que si Courbet predica, predica en el desierto, y que si merece nuestra admiración, la merece solamente por la manera enérgica como ha apreciado y expresado la naturaleza.

Quisiera ser justo y no dejarme tentar por una burla verdaderamente demasiado fácil. Concedo que ciertos lienzos del pintor pueden parecer dotados de intuiciones satíricas. El artista pinta las escenas ordinarias de la vida, y por ello mismo, nos hace, si se quiere, pensar en nosotros y en nuestra época. Eso no es más que un simple resultado del talento que se encuentra llevado a buscar y repro-

ducir la verdad. Pero hacer consistir todo su mérito en el solo hecho de que ha tratado asuntos contemporáneos, es dar una extraña idea del arte a los jóvenes artistas que se quiere educar para la dicha del género humano.

Quereis hacer útil la pintura y emplearla en el perfeccionamiento de la especie. Admito que Courbet perfeccione, pero entonces pregunto en qué relación y con qué eficacia perfecciona. Francamente, amontonaría cuadro sobre cuadro, llenaríais el mundo con sus telas y las telas de sus discípulos, y la humanidad sería tan viciosa dentro de diez años como hoy. Mil años de pintura, de pintura hecha a vuestro gusto, no valdrían uno de esos pensamientos que la pluma escribe claramente y que la inteligencia para siempre retiene, tales como: *Conócete a ti mismo*; *Amaos unos a otros*, etc. ¡Cómo! ¡Poseéis la escritura, poseéis la palabra, podeis decir cuánto quereis y vais a dirigiros al arte de las líneas y de los colores para enseñar e instruir!

Por compasión, recordad que no somos todo razón. Si sois prácticos, dejad al filósofo el derecho de darnos lecciones, dejad al pintor el derecho de darnos emociones. No creo que debais exigir del artista que enseñe, y en todo caso, niego formalmente la acción de

un cuadro sobre las costumbres de la turba.

Mi Courbet, el mío, es sencillamente una personalidad. El pintor comenzó por imitar a los flamencos y a ciertos maestros del Renacimiento. Pero su naturaleza se sublevaba y se sentía arrastrado por toda su carne—por toda su carne, ¿lo entendeis?—hacia el mundo material que le rodeaba, las mujeres gruesas y los hombres vigorosos, las campiñas abundosas y copiosamente fecundas. Rechoncho y vigoroso, tenía el punzante deseo de estrechar entre sus brazos la verdadera naturaleza; quería pintar en plena carne y en pleno mantillo.

Entonces se produjo el artista que se nos da hoy como moralista. Proudhon lo dice él mismo, los pintores no siempre saben con precisión cuál es su valor y de dónde aquel valor les viene. Si Courbet, que se pretende muy orgulloso, saca su orgullo de las lecciones que piensa darnos, tentado estoy a enviarle nuevamente a la escuela. Que lo sepa, no es nada más que un pobre grande hombre bien ignorante, que ha dicho menos en veinte lienzos que la *Civilité puérile* en dos páginas. El no tiene más que el genio de la verdad y de la potencia. Que se conforme con su lote.

La generación joven, hablo de los mozos

de veinte a veinticinco años, no conoce casi a Courbet, cuyos últimos lienzos han sido muy inferiores. Me ha sido dado ver en la calle de Hautefeuille, en el taller del maestro, algunos de sus primeros cuadros. Me he sorprendido, y no he encontrado en aquellas telas graves y fuertes que se me habían pintado como monstruos, el más pequeño motivo de risa. Me imaginaba caricaturas, una imaginación loca y grotesca, y estaba ante una pintura ajustada, amplia, de una perfección y de una grandeza extremadas. Los tipos eran verdaderos sin ser vulgares; las carnes, firmes y flexibles, vivían poderosamente; los fondos se llenaban de aire, daban a las figuras un vigor pasmoso. La coloración, un poco apagada, tiene una armonía casi dulce, mientras que la justeza de los tonos, la amplitud de la factura establecen los términos y dan un extraño relieve a cada detalle. Cerrando los ojos, vuelvo a ver aquellas telas enérgicas, de una sola pieza, construidas con cal y arena, reales hasta la vida y bellas hasta la verdad. Courbet es el único pintor de nuestra época; pertenece a la familia de los artífices de la carne, tiene por hermanos quieras que no, a Veronese, Rembrandt, Tiziano.

Proudhon ha visto como yo los cuadros de que hablo, pero los ha visto de otro

modo, aparte de toda factura, desde el punto de vista del pensamiento puro. Un lienzo para él es un asunto; pintadlo de rojo o de verde, poco le importa. El mismo lo dice, no entiende nada de pintura, y discurre tranquilamente sobre las ideas. Comenta, fuerza al cuadro a significar algo; de la forma, ni una palabra.

Así es como llega a la bufonería. El nuevo crítico de arte, el que se vanagloria de echar las bases de una ciencia nueva, da sus decretos de la manera siguiente: El «Retour de la Foire», de Courbet, es «la Francia rústica, con su carácter indeciso y su espíritu positivo, su lengua simple, sus pasiones tranquilas, su estilo sin énfasis, su pensamiento más cerca de la tierra que de las nubes, sus costumbres igualmente distantes de la democracia y de la demagogía, su preferencia decidida por las maneras comunes, apartada de toda exaltación idealista, feliz bajo una autoridad templada, en este justo medio por las gentes tan querido, y que ¡ay! siempre las traiciona». La «Baigneuse» es una sátira de la burguesía: «Sí, vedla bien a esa burguesa, carnuda y rellena, deformada por la grasa y el lujo; en la cual la flojedad de las carnes y la masa ahogan el ideal, y predestinada a morir de poltronería, cuando no de derreti-

miento de la grasa; vedla tal como su tonte-
ría, su egoismo y su cocina nos la presentan.»
Las «*Demoiselles ou la Seine*» y los «*Casseurs
de pierres*» sirven para establecer un mara-
villoso paralelo: «Esas dos mujeres viven en
el bienestar... son verdaderas artistas. Pero
el orgullo, el adulterio, el divorcio y el suici-
dio, reemplazando a los amores, revolotean
a su derredor y las acompañan; ellas, les
llevan a su dominio; por esto es por lo que al
fin, parecen horribles. Los «*Casseurs de pie-
rres*», al contrario, gritan con sus andrajos
venganza contra el arte y la sociedad; en
el fondo son inofensivos y sus almas son
sanas.» Y Proudhon examina así cada lienzo,
explicándolos todos y dándoles un sentido po-
lítico, religioso, o de simple policía de cos-
tumbres.

Los derechos de un comentarista son am-
plios, lo sé, y le está permitido decir lo que
siente a la vista de una obra de arte. Hasta
hay observaciones recias y fuertes en lo que
piensa Proudhon, puesto enfrente de los cua-
dros de Courbet. Sólo que continúa siendo
filósofo y no quiere sentir como artista. Lo
repito, sólo el asunto le ocupa, lo discute,
lo acaricia, se extasía y se subleva. Absoluta-
mente hablando no veo mal en ello; pero
las admiraciones, los comentarios de Prou-

dhon se vuelven peligrosos cuando resume en regla y quiere dictar las leyes del arte que sueña. No ve que Coubert existe por sí mismo, y no por los asuntos que ha escogido: el artista habría pintado con el mismo pincel romanos o griegos, Júpiteres o Venus, y sería igualmente grande. En cuanto a mí, no es el árbol, el rostro, la escena que se me representa, lo que me impresiona; es el hombre que encuentro en la obra, es la individualidad potente que ha sabido crear, al lado del mundo de Dios, un mundo personal que mis ojos no podrán olvidar y que reconocerán en todas partes.

Me place Courbet absolutamente, mientras que Proudhon sólo me gusta relativamente. Sacrificando al artista a la obra, parece creer que se reemplaza fácilmente un maestro semejante, y expresa sus deseos con tranquilidad, persuadido de que no tendrá más que hablar para poblar de grandes maestros su ciudad. Lo ridículo estriba en que ha tomado una individualidad por un sentimiento general. Courbet morirá y nacerán otros artistas que no se le asemejarán.

El talento no se enseña, crece en el sentido que le place.

No creo que el pintor de Ornans forme escuela; en todo caso, una escuela no probaría

nada. Se puede afirmar con toda certidumbre que el gran pintor de mañana, no imitará a nadie directamente; pues si imitase a alguien, no aportaría personalidad alguna, no sería un gran pintor. Interrogad la historia del arte.

Aconsejo a los socialistas demócratas que me parecen con deseos de criar a artistas para su propio uso, que alisten algunos centenares de obreros y les enseñen el arte como se enseña en el colegio el latín y el griego. Así tendrán, al cabo de cinco o seis años, gentes que les harán precisamente cuadros concebidos y ejecutados a su gusto y semejantes unos a otros, testigos de una simpática fraternidad y de una loable igualdad. Entonces la pintura contribuirá en gran parte al perfeccionamiento de la especie. Pero que los socialistas demócratas no cifren esperanza alguna en los artistas de genio libre y educados fuera de su pequeña iglesia. Podrán encontrar uno que sobre poco más o menos les convenga; pero aguardarán mil años antes de poner la mano sobre un segundo artista semejante al primero. Los obreros que nosotros hacemos nos obedecen y trabajan a nuestro antojo; pero los obreros que Dios hace no obedecen más que a Dios y trabajan a gusto de su carne y de su inteligencia.

Conozco que Proudhon quería atraerme ha-

cia sí y que yo querría atraerle hacia mí. No somos del mismo mundo, nosotros blasfemamos el uno por el otro. El desea hacer de mí un ciudadano, yo deseo hacer de él un artista. Ahí está todo el debate. Su *arte racional*, su realismo, no es a decir verdad más que una negación del arte, una lisa y llana ilustración de lugares comunes filosóficos. Mi arte, por el contrario, es una negación de la sociedad, una afirmación del individuo con independencia de todos los siglos y de todas las reglas y de todas las necesidades sociales. Comprendo cuánto le embarazo, y no quiero aceptar un empleo en su ciudad humanitaria, me pongo aparte, me crezco sobre los otros, desdeño su justicia y sus leyes. Obrando así, sé que mi corazón tiene razón, que obedezco a mi naturaleza, y creo que mi obra será bella. Quédame sólo un temor: consiento en ser inútil, pero no quiero ser perjudicial a mis hermanos. Cuando me interrogo veo que son ellos, al contrario, los que me dan gracias, y que les consuelo a menudo de las durezas de los filósofos. De hoy más dormiré tranquilo.

Proudhon nos reprocha, a nosotros, novelistas y poetas, que vivamos aislados e indiferentes, no preocupándonos el progreso. Haré observar a Proudhon que nuestros pensamientos son absolutos, mientras que los suyos no pueden ser más que relativos. Trabaja,

como hombre práctico, para el bienestar de la humanidad; no intenta la perfección, busca el mejor estado posible, y hace seguidamente todos sus esfuerzos para mejorar este estado poco a poco. Nosotros, al contrario, subimos de un salto a la perfección; en nuestro sueño alcanzamos el estado ideal. Esto dado, se comprende lo poco que nos preocupa la tierra. Estamos en pleno cielo y no descendemos de él. Esto explica porqué todos los miserables de este mundo extiendan los brazos y se precipiten hacia nosotros, apartándose de los moralistas.

Me resta sólo hacer el resumen del libro de Proudhon: es la obra de un hombre profundamente incompetente, y que bajo pretexto de juzgar el arte desde el punto de vista de su destino social, lo anonada bajo sus rencores de hombre positivo; dice que no quiere hablar más que de la idea pura, y su silencio sobre todo lo demás,—sobre el arte mismo—es desdeñoso en tal grado, que habría hecho mejor adoptando por título: *De la muerte del arte y de su inutilidad social*. Courbet, que es un artista personal en el más alto grado, no tiene que agradecerle que le haya nombrado jefe de los mamarracheros decentes y morales que deben enjabelgar en común su futura ciudad humana.

Noticia bibliográfica

LES ROUGON - MACQUART

*Historia natural y social de una familia bajo el
segundo Imperio*

La Fortune des Rougon.
La Curée.
Le Ventre de Paris.
La Conquête de Plassans.
La Faute de l'abbé Mouret.
Son Excellence Eugène Rougon.
L'Assommoir.
Une page d'amour.
Nana.
Pot-Bouille.
Au Bonheur des Dames.
La Joie de vivre.
Germinal.
L'Œuvre.
La Terre.
Le Rêve.
La Bête humaine.
L'Argent.
La Débâcle.
Le Docteur Pascal.
Les Personnages des Rougon-Macquart.
Lourdes. |
Rome. | Les trois villes.
Paris. |
Fecundité. |
Travail. |
Vérité. | Les Quatre évangiles.
Justice. |

Novelas

Contes à Ninon.
Nouveaux contes à Ninon.
La Confession de Claude.
Thérèse Raquin.
Madeleine Ferat.
Le Capitaine Burle.
Les Mystères de Marseille.
Naïs Micoulin.
Le Vœu d'une morte.
Les soirées de Médan.

Teatro

Thérèse Raquin.
Les Héritiers Rabourdin.
Le Bouton de Rose.

Obras criticas

Mes Haines.
Le Roman experimental.
Le Naturalisme au Théâtre.
Nos Auteurs dramatiques.
La Vérité en marche.
Les Romanciers Naturalistes.
Documents littéraires.
Une campagne (1880-1881).
Nouvelle Campagne (1896).

Correspondencia

Lettres de Jeunesse.
Les Lettres et les Arts.

De la mayoría de estas obras existen traducciones españolas más o menos recomendables.

ÍNDICE

	<u>Pag.</u>
Emilio Zola (Nota biográfica)	5
La verdad en marcha.—¡Yo acuso! (Carta a M. Félix Faure, Presidente de la Re- pública.)	11
Declaración de Zola ante el Jurado	35
Carta a la Juventud	49
Filosofía y Crítica.—Mis odios	65
El sufragio universal.	77
La Democracia	87
Prodhon y Courbet	101
Noticia bibliográfica.	125

12
13
14
15
16

BIBLIOTECA POPULAR

LOS GRANDES PENSADORES

Se publica el primer sábado de cada mes. Todos los tomos contendrán 100 páginas, cuando menos, de clara lectura é igual tamaño que el presente volumen

TOMOS PUBLICADOS

VICTOR HUGO	Páginas Escogidas
F. PI Y MARGALL.	Las Clases Jornaleras.
VOLTAIRE	Miscelánea Filosófica.
P. J. PROUDHON	La Propiedad.
F. LAURENT	Crítica del Cristianismo.
EDUARDO BENOT	Temas Varios.
ELISEO RECLUS.	El Hombre y la Tierra. (Fragmentos)
ERNESTO RENAN y MARCE- LINO BERTHELOT.	Las Ciencias históricas y las Ciencias naturales.
EMILIO ZOLA.	Crítica Social.

EN PRENSA

J. MICHELET.	De los Jesuitas.
CAMILO FLAMMARIÓN	La Vida.
DIDEROT	La Religiosa.

Seguirán a éstos tomos, otros de autores tan renombrados como: *D'Alembert, Rousseau, Volney, Spencer, Darwin, Laplace, Carlyle, Jaurés, Kant, Comte, Kropotkine, Littré, etc etc.*

Cada tomo de ésta interesante Biblioteca se vende a **50 CÉNTIMOS** y se admiten **Suscripciones** a 12 volúmenes, abonando **cinco pesetas** para la Península y **seis** para el Exterior. Los seis primeros tomos encuadernados en un solo volumen se venden a **4 pesetas**; tapas para la encuadernación de dicho volumen **setenta céntimos**.

Todos los pedidos o avisos de suscripción deberán acompañarse de su importe utilizando el giro postal, sellos de correo, letras de fácil cobro o contra reembolso

REPRESENTANTE EXCLUSIVO EN LA ARGENTINA Y URUGUAY

DAVID SOLÉ MIRALLES

PICHINCHA, 1867. - BUENOS AIRES

Todos los pedidos al por mayor y menor deben formularse a dicho representante, depositario general de todas las obras de esta Casa Editorial.

Casa Editorial PUBLICACIONES DE LA ESCUELA MODERNA

BARCELONA

CORTES 478

BUENOS AIRES

PICHINCHA 1867

BIBLIOTECA POPULAR LOS GRANDES PENSADORES

Se publica el primer sábado de cada mes. Todos los tomos contendrán 100 páginas, cuando menos, de clara lectura é igual tamaño que el presente volúmen

TOMOS PUBLICADOS

VICTOR HUGO	Páginas Escogidas
F. PI Y MARGALL.	Las Clases Jornaleras.
VOLTAIRE	Miscelánea Filosófica.
P. J. PROUDHON	La Propiedad.
F. LAURENT	Crítica del Cristianismo.
EDUARDO BENOT	Temas Varios.
ELISEO RECLUS.	El Hombre y la Tierra. (Fragmentos)
ERNESTO RENAN y MARCE- LINO BERTHELOT.	Las Ciencias históricas y las Ciencias naturales.
EMILIO ZOLA.	Crítica Social.

EN PRENSA

J. MICHELET.	De los Jesuitas.
CAMILO FLAMMARIÓN	La Vida.
DIDEROT	La Religiosa.

Seguirán a éstos tomos, otros de autores tan renombrados como: *D' Alembert, Rousseau, Volney, Spenser, Darwin, Laplace, Carlyle, Jaurés, Kant, Comte, Kropotkine, Littré, etc etc.*

Cada tomo de ésta interesante Biblioteca se vende a 50 CÉNTIMOS y se admiten Suscripciones a 12 volúmenes, abonando cinco pesetas para la Península y seis para el Exterior. Los seis primeros tomos encuadernados en un solo volúmen se venden a 4 pesetas; tapas para la encuadernación de dicho volúmen setenta céntimos.

Todos los pedidos o avisos de suscripción deberán acompañarse de su importe utilizando el giro postal, sellos de correo, letras de fácil cobro o contra reembolso

REPRESENTANTE EXCLUSIVO EN LA ARGENTINA Y URUGUAY

DAVID SOLÉ MIRALLES

PICHINCHA. 1867. - BUENOS AIRES